

Pensémoslo bien

Al acabar de leer el artículo en que mi amigo Cristóbal Litrán solicitaba la colaboración de todos para pedir la revisión del proceso de Ferrer, lo envié a las cajas.

Al corregirlo en pruebas, me asaltó esta duda:

«¿No sería conveniente meditar, exponer y discutir, antes de lanzarnos de lleno a esa agitación que, ó pasa, como tantas otras, en plazo breve, ó ha de tener gran influencia en el porvenir de España?»

Y después de reflexionar un rato, acabé por decirme:

«Si yo me hallase en el puesto de Maura, nada desearía tanto como que esta agitación creciera y se extendiese, pues ella me permitiría establecer entre el Pueblo y el Ejército el divorcio que hace tiempo persiguen los clericales, y me facilitaría la perpetración del golpe de Estado.

Aparte de que á la revisión no se llegaría sino después de muchos años (véase lo ocurrido en Francia con la de Dreyfus, y eso que allí impera la República), los clericales lograrían por ese camino todo eso que hasta hoy no pudieron realizar.

Pero aun concediendo que se llegase á la revisión, no lograríamos saber más de lo que hoy sabemos, esto es: que el Tribunal militar *sentenció legalmente* á Ferrer aplicándole el duro Código al que tiene el Ejército que ajustar sus fallos, y que los clericales lo *ejecutaron* cuando hubieran podido salvarle, parapetándose arteralmente tras esa sentencia.

Se me dirá: «Los primeros y principalmente interesados en que la revisión se hiciera, deberían ser los mauristas, sobre quienes pesa la execración universal. Cuando la combaten, es porque tienen miedo. Luego nosotros debemos pedirla.»

A lo que contesto, no sin consignar que es táctica corriente en política el combatir de cierto modo aquello mismo que se desea sacar triunfante:

«Pues si los tenemos ya bajo ese formidable peso, y de tal manera, que no habrá brazo tan poderoso que logre quitárselo de encima ¿qué necesidad tenemos de lanzarnos á una agitación que pudiera distraer nuestras fuerzas del principal objetivo? ¿A qué darles á los verdugos pretexto para pasar por víctimas?»

Pero supongamos que á la revisión se llegara, y que, contra todo lo probable, resultase que el Tribunal no se había ajustado estrictamente á la ley al condenar á muerte á Ferrer. Esto sólo favorecería á Maura, pues le daría pretexto para parodiar á Pilatos, haciendo recaer sobre el Ejército la odiosidad del fallo. Y aun resultando lo que yo creo, esto es, que en el proceso no había ninguna tacha legal, se le daría también un asidero para disculpar en parte su conducta. ¿Cómo iba él á ofender al Ejército, diría, con el indulto de un hombre sentenciado con todas las de la ley? Mientras dejando las cosas como se hallan, él y los suyos quedarían ante la conciencia universal como están; como los únicos responsables de aquella ejecución.

Se dice «que debemos rehabilitar la memoria de Ferrer.» ¿Pero qué! ¿Está acaso enlodada? Yo creo, por el contrario, que ninguna más pura hoy. Ferrer no pertenece ya á sus contemporáneos; pertenece á la Historia. Y para ella está definitivamente glorificado. La revisión del proceso, fuese el resultado cual fuese, no podría ni poner el conato de una sombra en su nombre, ni echar más negrura sobre quienes no lo indultaron. Ante la Humanidad están todos juzgados ya en última instancia. ¿A qué, pues, la revisión?

¿Que la opinión se agitaría furiosa con ese motivo, y podría, merced á esto, venir la República? No lo niego, aunque lo dudo. Nuestra prudencia y sensatez en Agosto y Septiembre me autorizan para no halagar esa halagüeña esperanza. Esto aparte de que tengo en cuenta lo siguiente:

Mientras más gritemos ahora pidiendo la revisión del proceso, mayor será el contraste que resulte, en mengua nuestra, recordando el vergonzoso silencio que guardamos en la hora propicia para haber gritado. Lo único que pudiera disculpar la tardanza en lanzar esos gritos, sería que los clericales continuasen gobernando; tendría la protesta gallardía por lo menos; pero habiendo caído...

Y creo también, que mientras más se patentizara la inocencia de Ferrer, más aumentaría el vilipendio de los que debimos oponernos á su muerte. Y entonces tendríamos que compartir con Maura la execración universal. No serían los clericales los únicos dignos de ser escupidos por la posteridad; sino España entera.

Opino, por lo tanto, que lo mejor sería dejarlo todo como está: Ferrer arriba y glorificado; la Iglesia abajo y execrada. Y los lacayos del Vaticano, maldecidos por el mundo.

Otro peligro pudiera traer la revisión: el de que, dada nuestra manera de ser, nos cansáramos á los dos ó tres meses de pedirla, ó fuéramos paulatinamente aflojando en tenacidad y energía. Quedaríamos entonces mucho peor: el mundo diría, y con razón, que ante el miedo cedemos y ante el deber flaqueamos.

Por todas estas razones dejé de publicar el artículo de Litrán, y pensé en hacer públicas estas impresiones antes de que nos lanzáramos á una empresa en que, aun triunfando, no podríamos contribuir en nada al enaltecimiento mundial de la figura de Ferrer, y en cambio, pudiéramos entronizar nuevamente la reacción.

Y á fin de colocar desde luego la cuestión á la altura que merece, y hacerla asequible á las grandes inteligencias, hablé con Pey Ordeix del asunto, vi que tenía iguales puntos de vista que yo, y le rogué que la plantease en todos sus aspectos, ya que su mucha cultura, sus grandes dotes de polemista y su irrefutable lógica, le permiten elevarse á regiones que me están vedadas. Y lo que ha hecho, á continuación va.

Ruego á todos que se fijen bien en cuanto digo, pues sería fríste que por obedecer á impresiones muy nobles y á estímulos muy justos, nos apartáramos de otras labores provechosas, ó las relegáramos á segundo término, precisamente ahora que los socialistas han declarado por boca de su jefe que están dispuestos á trabajar por la venida de la República, *aunque sea conservadora*, es decir, con Ejército y demás organismos del Estado.

Creo haber expuesto claramente mi pensamiento: no distraernos de la acción principal, ni hacer indirectamente el juego á nuestros enemigos. No sería la vez primera que tradujesen en provecho propio ideas y actos que al calor del entusiasmo germinaron en nuestros cerebros.

JOSÉ NAKENS

PROEMIO A UN ARTICULO

Acababa de escribir el que va á continuación, cuando he recibido la *Réponse des Intellectuels français á S. M. Alphonse XIII* y el *Discurso* pronunciado por el genial Pablo Jacinto Loyson en el Gran Oriente de Francia, en nombre de la Sociedad *Emile Zola*, encaminados á promover la acción europea para pedir la revisión del proceso de Ferrer.

Estos y parecidos escritos quedan sustancialmente contestados en mi artículo. Aplaudiendo sin reservas el espíritu de humanitarismo y justicierismo que les inspira, este mismo espíritu aconsejará á los intelectuales de todo el mundo á encauzar por el estricto sendero de la prudencia la opinión crítica que en el extranjero confunde fácilmente los sujetos de la responsabilidad en los hechos jurídicos que se debaten.

El jesuitismo está trabajando hace años para poner en conflicto al Pueblo y al Ejército, valiéndose de todos sus artificios, que otro día veremos, y á marcar con nota de malos patriotas á cuantos no defienden el monopolio que el Vaticano intenta ejercer sobre la Patria Española. Para conseguir este objeto necesita solamente dos cosas: excitar la prevención del Ejército, hijo predilecto del Pueblo, contra el Pueblo, su padre natural y legítimo, excitando la murmuración del Pueblo contra las instituciones militares.

Antiguamente, creyendo contar con la mayoría popular, se servía del Pueblo contra el Ejército para dominar á España; perdido para el vaticinismo en todas las capitales en donde está encastillado, intenta parapearse tras el Ejército. Contra esta añagaza debe prevenirse la opinión, procurando no secundar inconscientemente los planes del enemigo.

El Ejército español, hasta el presente, resulta la *víctima mayor* de la nefasta política

de los ignaros gobiernos, á pesar que, sin regateo de ninguna clase, ha vertido en toda ocasión su sangre en Cuba, Filipinas, Africa y Barcelona, mezclando la sangre de sus generales con la del humilde hijo del pobre irredimible.

Esta fusión de sangres del jerarca militar con la del soldado ínfimo, no es ni debe ser más que el fruto y esterilización de las almas del pueblo y de la milicia, vibrando al mismo soplo de Patria y Justicia.

En el campo de batalla encuéntranse solos el jefe y el soldado; éste reclutado de la clase proletaria, y aquél salido del riñón de la aristocracia, ó de la selección del mismo pueblo. Ellos son la *única y total* personificación de la Patria, y en esa personificación *faltan las clases medias*, las *neutras*, las *políticas*, las *especuladoras*, las *legisladoras*, las *mangoneadoras* del Estado, las que imponen la ley al Ejército y al Pueblo, los *redimidos del servicio militar* y del *trabajo nacional*, los que todo lo reciben de la Patria y nada le dan, los prófugos de todos los servicios y parásitos de todos los lucros, los jesuitas, en fin, de todas las clases y profesiones, los que ahora tratan de producir el recelo y el odio entre aquellas dos almas de la España legítima y de la Patria genuina, para explotar su enemistad.

Soldado de mi patria é hijo del pueblo, sintiendo en mí fundidas en una sola ambas almas, y centinela de los intereses comunes, doy la voz de ¡alerta! á todos los amantes de la Patria y de la Justicia.

¡No! Las dos almas, del Ejército y del Pueblo, que rodaron por el Barranco del Lobo en Africa, y al fondo del océano en Santiago y Cavite, enlazadas por el abrazo de la Muerte, de la Desesperación y del Entusiasmo, alentando en sus corazones un mismo ardor, moviendo sus brazos una misma disciplina, precipitados por una misma nefasta política y profiriendo en sus labios un mismo grito de ¡viva España!, para verter á un mismo altar la sangre con cuya fusión se levanta el pedestal único de la Patria; esas almas cuya fusión produce el *alma española* que fertiliza los campos con su sudor en tiempos de paz y los consagra con su sangre en tiempos de guerra; esa *alma* no será dividida por la malignidad jesuítica ni pondrá en ella el divorcio del infame genio de la discordia.

No deje sorprenderse la opinión europea por las diatribas del Mal, que aprovecha el proceso de Ferrer para su obra; distingan con toda claridad en él lo que procede del Ejército y lo que procede de la Política, con ojo penetrante y con espíritu levantado, y llegaremos á estas conclusiones del Asesor en su Dictamen:

Revisese cuanto quiera el proceso: «cuanto mayor sea la publicidad, mayor será la vindicación de la justicia española, y en especial de la jurisdicción de guerra.» «Lo que dice (el defensor) de los elementos reaccionarios y clases conservadoras, A ELLOS ES A QUIEN DEBE CONTARSELO, Y NO AL CONSEJO DE GUERRA.»

¡A ELLOS, pues! A ESOS ELEMENTOS QUE HUYEN DE LA LUZ y que negaron al mismo Consejo de Guerra la confianza que otorgaron á comanditarios para declarar ante los jueces militares.

¡¡A ELLOS HEMOS DE CONTARSELO!!

Revisión del proceso Ferrer

Llorad, hermanos;
todos en él pusimos nuestras manos.

No creía ser yo el llamado á protestar con la vehemencia que la iniquidad presta á la indignación, contra la peor de las infamias clericales, contra el lazo tendido á la conciencia universal, presentando el Tribunal militar, y de reversillo á todo el ejército español, como responsable único ó principal del fusilamiento de Ferrer.

Ante las consecuencias que todo el mundo preveía, menos el omnisciente Maura y sus consejeros al desafiar altivos la conciencia pública, todos esconden la mano.

El Sr. Nakens me invita á esclarecer este punto en bien del patriotismo y de la justicia, y esto voy á hacer, supliendo la omisión de los que por oficio están obligados á desahacerlo, exponiendo netamente mi opinión, cuyos errores posibles disculparán la honradez y el alto interés que inspiran el escrito.

Cómplices

¿Quiénes son los autores del fusilamiento

de Ferrer? Sólo á Pilatos hallo inocente de la muerte de Cristo; sólo al Tribunal militar hallo libre de la muerte de Ferrer. Los autores somos todos los españoles. Unos con su osadía inquisitorial, otros con su astucia delatoria, otros con su respeto gubernamental, éstos con su miedo, aquéllos con su lamentación estéril... Envueltos en la vergüenza, los protestantes podemos exclamar con Andrés Chénier:

«Ah, laches que nous sommes!
Tous, ouï! Tous! Adieu, terre, adieu!
Vienne, vienne la mort. Que la mort me délivre!» (1)

¡No seamos imbéciles ó hipócritas! A todas las cuestiones jurídico-ratoniles que propongamos, Maura puede responder con su risa de vulgar Mefistófeles:

«Cayó del balcón al mar.
¡Vive Dios que pudo ser!»

Vayan disutiendo ahora si eran galgos ó podencos; Ferrer está en el hoyo; con él está algo de todos los españoles. Los que no lo adviertan, es que tienen epidermis grosera; los que sabiéndolo lo niegan, son mogigatos del civismo.

Autores principales

Pero en la ejecución de Ferrer hay quien tiene mayor ó menor parte. El maurismo ha querido lavarse las manos cargando el hecho en la cuenta de la patria independiente; del servicio personal del monarca, y del imperio del ejército. Estas son tres falsedades que hay que destruir radicalmente; no les valen hipocresías cobardes á los bravos que echaron el guante á la conciencia universal. O creen que el fusilamiento de Ferrer fué justo, y entonces deben gloriarse de él ante los efectos, como se gloriaron en la causa, ó creen que fué injusto, y procede que arrosten las consecuencias, según el dicho de Gabriel Maura en París: «la ley debe regir para todos.» Para todos, sí, incluso para él, para su padre y para su parentela. Y dos de las leyes vigentes, para los que no residen en Leganés, son la sinderesis y la vergüenza. No querría hacer astillas del árbol caído ni dar lanzada á moro muerto; el Sr. Nakens puede atestiguar que iba á dársela antes de caer; pero ni el moro está muerto del todo ni caído el árbol. ¡A la obra!

La intervención extranjera en los procesos nacionales

¿Han visto los españoles una cruz sobre la corona de los reyes, sobre la cúpula del Palacio Real, sobre la Casa de la Villa de Madrid, sobre la mesa de los tribunales, sobre el pecho de los generales y obispos, incluso el obispo de Orihuela? Pues bien: esa cruz es el monumento de protesta oficial del pueblo y Estado español contra la sentencia y ejecución de un reo que fué condenado por los tribunales ordinarios y legítimos de su nación, hace dos mil años en Jerusalén.

¿Habéis visto en el altar de la Real capilla, en las mesas del Senado y del Congreso y en todas las iglesias un libro llamado Evangelio? Pues ese libro es la *revisión* extranjera del proceso aquel. Esta revisión y protesta, con la execración de jueces y la maldición del procedimiento, son la esencia fundamental de la religión oficial del Estado. No sólo execramos á diario el proceso, sino que hemos condenado á desaparecer al Estado que lo autorizó, y dispersado y excluido del derecho de gentes al pueblo que lo toleró, y lo escarnecemos en su castigo y le insultamos y apedreamos en effigie el Viernes Santo en todas las iglesias, cuando no le asamos vivo en Mallorca. Esa cruz, ese Cristo y ese Evangelio son la consagración del derecho de revisión y de intervención universal; son la negación de la independencia de las naciones en las causas de sangre; son la afirmación de la *fraternidad humana*. Si un hermano tiene ó no derecho á intervenir en el proceso de su hermano, puede decirse á Gabriel Maura su tío el obispo de Orihuela ó su otro tío, rector del seminario de Palma.

Los obispos, jesuitas y escritores clericales que han censurado como crimen nacional la pretendida intervención extranjera en el proceso Ferrer, implícitamente han hecho del cristianismo un *crimen* y de todo el culto cristiano una serie de atentados criminales contra las autoridades legítimas de Jerusalén. O la apología y deificación de Cristo es un crimen jurídico, ó los católicos españoles no son cristianos, sino blasfemos contra el cristianismo.

Esta *atrocidad bestial*, que constituye una blasfemia oficial contra la religión oficial, tiene además una contradicción. Maura, que pregónó su indiferencia ante las protestas extranjeras por no concederles derecho para influir en el indulto de Ferrer, en uno de sus discursos dijo que las protestas y amenazas de los anarquistas extranjeros habían sido causa ó concausa del fusilamiento. ¡He

(1) «Ah, cuán miseros y cobardes somos!—¡Todos, sí, todos! ¡Adiós, tierra!—Venga la muerte á liberarme de ti.

aquí intervenida la justicia española en el propio acto de afirmar la no intervención! Se les niega el derecho de influir en la indulgencia, y de hecho se les concede la influencia en la *sevicia*! Tiene la palabra Gabriel Maura para aplicar la *sindéresis* á su señor padre. Se mata á un español, porque los extranjeros piden que no se le mate. *Ex ore tuo te iudico*.

El tributo á la Monarquía

El corresponsal de *Le Matin* en Madrid publicó en letras gordas una información, garantizando el origen, en la cual aseguraba que D. Alfonso había indicado á su gobierno el deseo de ver indultado á Ferrer, y que vió inatendida su indicación hasta el extremo de tener que pasar por la ejecución, so pena de quebrantar los preceptos constitucionales moderadores de la acción del monarca. Añadía el corresponsal que estos informes no los telegrafió oportunamente, por impedirse el terror de la censura.

El ministerio maurista dió á entender todo lo contrario, engañando á la nación y al mundo, haciéndonos creer que, no sólo no había oposición de parte del Soberano, sino que era un obsequio al Trono. Con este engaño atrajo las blasfemias del mundo sobre la monarquía.

Los diarios monárquicos pueden examinar si esta conducta constituye un delito de inversión de la función ministerial obligada á responder de los actos del monarca, presentando al monarca como responsable público de las crueldades secretas de los ministros. Ellos deben definir si esta manera de servir los intereses del trono ha de llamarse locura, fatuidad ó traición, y las relaciones que pueda tener con el toque de la campana de Huesca.

El ejército en la causa de Ferrer

No sirvo para juez, porque carezco del sentido judicial: no creo en la existencia del crimen, ni siquiera en la del crimen del maurismo. Esta es mi tesis; pero en la hipótesis social vigente, después de leer los autos del proceso publicados por el gobierno maurista, y la defensa no publicada por él con una tendenciosidad digna de un espíritu ruin y de un corazón mezquino, he llegado á formar la más extraña de las conclusiones, que someto á la crítica de los juristas.

Mi conclusión es ésta: el Fiscal tiene más razón que un santo: *Ferrer es culpable*. El Defensor tiene no menos razón: *Ferrer es inocente*. La Sentencia de Ferrer es una gran justicia, y no lo es.

Expliquémoslo. Ante el desfile de 50 testigos, ante el cúmulo de indicios, ante el montón de antecedentes, ante la aglomeración de simpatías y antipatías concomitantes, es moralmente imposible sacar un perfecto convencimiento jurídico de la inocencia absoluta de Ferrer. Las mejores pruebas de inocencia no fueron aportadas en juicio. El Defensor afirmó su existencia real; el Fiscal negó su *realidad legal*. La ley impedía conceder realidad y valor legal á aquellas pruebas; había pasado la sazón. Si el Tribunal hubiese aceptado su valor jurídico, habría faltado á la ley y habría cometido delito de prevaricación. Por esto Ferrer pudo ser *realmente inocente*, según proclamó el Defensor, y *legalmente culpable*, según afirmó el Fiscal.

El Tribunal no podía sacar la mirada más allá de los estrados y no podía ver más que lo *alegado y probado en la forma y plazo* que la ley señala para la validez de las pruebas; lo *probo legalmente* es lo único real para el Juez; todo lo demás es falso; la ley le obliga á ello; la ley es su lente; á su través sólo pasan los rayos legales. Si con esta conducta resulta una iniquidad como la de Cristo, el juez puede responder al Pueblo: «No es obra mía, sino tuya; vosotros no me pedís obrar según mi conciencia, sino según vuestra ley; si la traspasara, me castigaríais como criminal; ni me dejáis reformarla, ni me permitís eludir la ley, ni me consentís suspender la sentencia, aunque vea la iniquidad y deficiencia de vuestra ley. Suscribo vuestra iniquidad por exigencia vuestra, en nombre vuestro y por el oficio que me habéis impuesto. ¿Las leyes? Aceptadlas según las hacéis, ó hacedlas según las queráis. Vosotros podéis ser legisladores perversos al legislar la iniquidad, y yo seré buen Juez al aplicarla y al lanzar sobre vuestra frente la responsabilidad.»

¿Cómo se quieren sentencias justas con leyes inicuas, sin dejar á los jueces libertad para salirse de ellas? He aquí, pues, la consecuencia: Ferrer fué condenado, no en Barcelona en el año 1909, sino en el Congreso y Senado el día que se votó la ley ó no fué corregida debidamente. Le condenaron los votos de los diputados y senadores; le condenaron los electores de senadores y diputados el día en que los eligieron. ¡Esta es la culpa y éstos son los culpables; los que están obligados á prever y se obligan á prever, y no prevén.

He aquí la primera injusticia de la crítica contra el Tribunal militar: imputarle la iniquidad de las leyes á las cuales le tenemos sometido. Una ley de 1880, que pareció instantánea y baladí á nuestros sabios diputados y senadores, ha estado á punto de producir una catástrofe nacional en 1909. ¡Tal es la acción del tiempo sobre la vida de las cosas!

He leído la defensa hecha por el capitán

Galcerán. Me siento orgulloso de ser español; en ningún Tribunal militar del mundo se habría oído tal magnificencia en las pavorosas circunstancias de Barcelona. Galcerán, al pronunciarla, debió radiar radiaciones de un dios emanando sentimientos de justicia. ¿Cuál abogado civil habría tenido tal arrogancia? Levante el dedo para aplaudirle. ¿En qué Tribunal de la historia vibró con más sonoridad la voz de la justicia?

Y oigame ahora la crítica estas tres afirmaciones graduales. ¡Sólo un militar español es capaz de la bizarra defensa dicha por Galcerán! ¡Sólo un Tribunal militar español puede tener la bizarria de oír la sin protesta! ¡Sólo la Jerarquía española puede sancionar con su aquiescencia ese estallido del Derecho en favor del acusado!!! Cuando menos no conozco precedente.

He aquí la gran injusticia de la crítica contra nuestro Ejército: se le supone solidario en la acusación y no quiere ver la solidaridad en la Defensa. ¡Todo el Ejército es acusador con el Fiscal; todo él es sentenciador con los Jueces; todo él es defensor con el capitán Galcerán! Defensa, acusación y sentencia forman un todo integrante y una sola acción judicial. Todos los militares, en el caso de jueces, habrían juzgado como el Tribunal; en el caso de fiscales, habrían acusado como el Fiscal; en el caso de defensas, habrían defendido como Galcerán. Si todos son fiscales, todos son también Galceranes.

Protesto contra esta segunda injusticia de imputar al Ejército exclusivamente la acusación, negándole la participación en la Defensa, tan cosa suya como la acusación.

Lo judicial y lo extrajudicial del proceso

Protesto indignado contra la infamia jesuitica de confundir los buenos términos del juicio con los malos términos extraños al juicio, para imputarlos con diestra mala fe al tribunal militar, atrayendo sobre él la desconfianza del pueblo y la censura mundial.

El proceso judicial pudo ser un gran acto de justicia teniendo por términos de origen y de conclusión dos grandes iniquidades. El maurismo se enterca felonamente en imputar á una acción militar toda la causa de Ferrer.

En esta causa hay que distinguir lo anterior al juicio, lo posterior al juicio y lo exterior al juicio, de lo que es interior y propio de él. El juicio consiste en la aceptación de la acusación, la ponderación de pruebas y señalamiento de la pena incurrida por los hechos probados. Todo lo demás es extraño al juicio: no es acción judicial, sino habilidad política. El hecho puede ser falso y calumnioso, la prueba puede estar tejida de crímenes; y, sin embargo, el juez que vea la criminalidad y calumnia, si no puede probarlas legalmente, ha de abogar su conciencia de hombre, sacrificándola á la ley del juez, aunque esa causa sea contra su propio hijo.

La preparación del proceso, el hilvanamiento de pruebas, el artificio procesal, todo esto es obra de la habilidad política, de la sagacidad rabulea y de la astucia criminológica; nada de ello pertenece á la justicia, antes bien, son armas que maneja diestramente la injusticia para salvar al criminal, condenar al inocente y falsear los hechos.

Acción prejudicial

En la causa de Ferrer hay un largo é intrincado período de acción pertinaz preparando más ó menos confusamente el proceso. Estuve ausente de España, y no puedo fijar la extensión de este período ni aducir datos de esta preparación. Pero á mis manos ha venido un libro de E. Jarqué de la Parra, *El Terrorismo en Barcelona*, con este pie de imprenta: Rabasa, 43, Gracia, Barcelona 1908. En una de las opiniones que publica se hallan párrafos muy notables. La necesidad de los tribunales militares se justifica con esta frase que procuro copiar sin erratas, pues el contenido parece inverosímil. Habla el Sr. Manzano, exgobernador de Barcelona:

«Yo, que he tratado á muchos magistrados (civiles), sé cuán rectos y dignos son; pero, por eso mismo, pido la justicia militar para castigar el anarquismo de acción.» Confieso ingenuamente que, si estas palabras no tienen error de imprenta, me dejan maravillado; si las escribiese Hervé, me parecerían de carácter.

Afirma que Morral tenía cómplices; «acaso cuatro». «Aquellos cómplices hay que suponer que viven sanos y que continúan trabajando... en las bombas.» Hay que evitar esa propaganda alarmista que hacen tranquilamente revistas extranjeras y nacionales. Hay que clausurar todas esas escuelas laicas que tengan determinado carácter, crisoles donde pueden elaborarse ciertas tendencias peligrosas. Bien cerrados estarían algunos centros donde se forman ciertos grupos y de donde algunas veces han salido los no menos peligrosos anarquistas solitarios. Hay que poner en vigor la ley de 1904-1907 (debe ser error de fecha) para Madrid y Barcelona y darla vigor para toda la nación. Hay que hacer más: restablecer aquellas leyes ó decretar la suspensión COMPLETA de las garantías..., etc.

Parece talmente un programa de 1908 para lo ocurrido en 1909. Hay carteles de teatro menos explícitos.

Nadie diría que los sucesos de Julio tuviesen necesidad de existir para ser cerrados centros, escuelas y garantías, y ver perseguidos los presuntos cómplices de Morral señalados á la vindicta pública en 1908.

En plena semana trágica corrió por Madrid la estupenda noticia de haber sido fusilados Sol y Ortega, Iglesias, Camp y otros diputados y concejales, habiendo escapado Ferrer. ¡No se habían abierto aún los Tribunales militares y el run-run daba ya por fusilados á quienes luego se procesó como siguiendo otro programa!

Nada tienen que ver con esto los Tribunales militares; es una acción de endiablada política extrajudicial y prejudicial. La presión ejercida en el ambiente debió ser tan grande y tan terrible, que obligó al asesor á decir en su dictamen:

«La acusación es clara, concreta, precisa... Tiene otro mérito: la discreción, no buscan datos ni orígenes de responsabilidad fuera de los autos, pues de no haber salvado con habilidad este escollo, de no haber tenido «la suficiente independencia para sustraerse á influencias de la opinión pública, podía atribuirse el proceso á iniquidades de alguna Orden religiosa contra los métodos de enseñanza de la Escuela Moderna...» Y en tanto que la política del gobierno rodeaba del mayor misterio todo lo concerniente á la causa de Ferrer, el propio asesor reclamaba para la acusación la mayor publicidad, para vindicación de la justicia española, y en especial, de la jurisdicción de guerra.»

La acción política fuera del tribunal y alrededor de los autos, fué de lo más extraordinario que vió el mundo. Esa acción no procedía del tribunal militar, ni tenía nada que ver con él. Su origen, por su misma misteriosidad, revela su cuna. ¿Quién facilitó á la prensa antiferrerista los programas aquellos que se decían ser piezas del proceso? No fueron los jueces militares. Debí ser otro que los adquirió antes de pasar al depósito sumario del tribunal. Este hecho, grave de suyo, demuestra que alrededor y fuera del tribunal funcionaba una acción política innoble, que huía la presencia del tribunal y del público hasta el punto de buscar testarferos para declarar ante los jueces, negando á éstos la confianza que otorgaba á aquellos testarferos.

Pero sobre los mil hechos públicos innecesarios de citar, hay el hecho fenomenal de la intervención del Sr. Ugarte, en funciones de Fiscal del Tribunal Supremo. El afirmó la culpabilidad de Ferrer; y apremiado á probar su aserto, resultó ser un chisme del arroyo. ¿Era posible imaginar que el primer magistrado de la Nación, supremo celador de la ley y de la honra de los ciudadanos, fuese capaz de lanzar sin tener prueba plena y bien fundada, una acusación de muerte? ¿Es posible imaginar en Europa un Estado que eleve al primer sitial de la Justicia Augusta y á la suprema majestad de eminente símbolo de la Justicia, á un recogedor de dicharachos anónimos? No; no es posible imaginarlo. Para que esto pueda suponerse es preciso poner en duda la cultura del Estado y la sanidad mental de sus gobernantes. ¿Qué tribunal civil se habría sustraído á esta influencia, decisiva por su presunta y natural impulsividad?

Digámoslo de una vez: el tribunal militar es ajeno á esta acción preventiva del juicio, á la originalidad de los hechos, á la originalidad de las pruebas y á su confección y configuración verificadas fuera de autos y fuera de estrados. Esta fase puede ser una serie de iniquidades morales y aun de crímenes sin prueba, para producir un *hecho legal y la prueba legal de un delito*. Y si por esta parte, en donde termina la iniquidad política comienza la *justicia militar*, por el otro término veremos reproducirse la iniquidad política tan pronto como cesa la justicia forense.

Y aquí, de paso, voy á responder á la crítica con una pregunta: ¿Hubo contra Rull mayor prueba que la habida contra Ferrer?... No es mi ánimo suscitar rivalidades entre ambas instituciones, *civil y militar*; pero vean los críticos si de la respuesta no resulta rectificada la opinión del Sr. Manzano. Si los magistrados civiles son dignos y rectos, no lo son menos los militares.

La sentencia y la ejecución

Estamos en el término de la acción militar: fine con la sentencia. Pero la sentencia del tribunal no es ejecutiva de por sí, aunque sea definitiva del proceso. La ejecutabilidad se la da el «enterado» del Consejo de Ministros que se traduce en la vida jurídica por esta orden: «ejecútese».

Esta suspensión de las sentencias capitales tiene una doble razón moral y política. Por razón moral, el poder soberano, libre en sus actos y desligado de la trabazón legal, en conciencia puede estimar la *justicia legal* del fallo y apreciar los *vicios morales* que en la ley y en el procedimiento deja fatalmente subsistir la impotencia humana para evitar el falseamiento de las pruebas y la deformación de los hechos. El, al contrario del juez que está sometido inexorablemente á la ley sin poder oír el dictado de su conciencia, atiende sólo y exclusivamente al dictamen de su conciencia con preferencia de la ley, excusándose de razonar su fallo, pudiendo de este modo suplir la impotencia de la ley judicial y restituir al equilibrio moral la iniquidad resultante de las leves defectuosas. El puede absolver al in-

cente en conciencia y culpable legalmente, y de hecho su acción soberana está sometida á esta ley suprema de la justicia eterna.

La razón de esto está en que el juez obra instrumentalmente movido por la ley bruta; el soberano obra libremente, estando obligado por ley de soberanía á poner excepciones á la ley cuando resulta injusta en el caso concreto, como está obligado á corregirla cuando su necesidad es general. Por razón política puede indultar de la pena al condenado, siempre que considere inútil para el bien público la ejecución, ó si el bien reportable puede acarrear mayores males.

La sentencia es un acto judicial militar; la ejecución fué un acto político y moral; de éste son total y únicamente responsables los ministros y sus seductores, ante la Nación y ante la conciencia humana.

Cierva dijo que él y sus compañeros tenían previsto y descontado todo lo que ocurrió. No, señor Cierva: por su mismo bien le digo que ni usted, ni Maura, ni el jesuitismo, ni el Papa tenían previsto nada de lo ocurrido. España y Mallorca y Mula no pueden ser madrigueras donde se engendren monstruos capaces de deleitarse saboreando en la previsión el trastorno mundial, las blasfemias contra el Trono y contra la Patria, el arrastre de la bandera, los insultos á España, el asalto de templos, la profanación de sagrarios, el terror del Vaticano, la defecación de un ateo, la muerte de policías en París, el aceso de nuestros embajadores, el escarnio mundial, el pasmo de las Cortes y la convulsión de toda la humanidad, movido todo por la soez procaacidad de un ministro interino capaz de ser 1.º nado del poder por el zapatazo de un partido. No; ese Genio del Mal no es hijo de España, ni de país alguno: es engendro único de la Ignorancia y de la Imprevisión.

Cuando Cierva celebró el apresamiento de Ferrer, me convencí de su inmensa ignorancia. ¿Qué iba á hacer de Ferrer? Mal si lo condenaba y peor si lo absolvía. Un político de alcance habría declarado loco al que hubiese pretendido prender á Ferrer. La mayor prisión de Ferrer era su libertad y su cuerpo; mientras vivió tranquilo y libre, su acción no pudo salir de un escaso radio, apenas perceptible, que habrían reducido y destruido sus propios elementos. Prisionero y ejecutado, su obra, antes encerrada, voló á todo el mundo y se ha inmortalizado en los siglos.

Cuando su ejecución no hubiese sido una enormidad política por las otras razones, sería un dilataste sin igual por ser contraproducente á los mismos fines que perseguía el gobierno. ¿Qué tiene que ver el tribunal con la ejecución? Nada, absolutamente nada.

El Fiscal, al pedir la pena de muerte, se anticipa ya y presupone la posibilidad y congruencia del indulto, con estas palabras: «Caso de indulto, la inhabilitación absoluta perpetua, debiendo también en este caso serle de abono la mitad del tiempo de prisión preventiva sufrida.» El Tribunal hace lo propio en la Sentencia; lo propio hace el Auditor en su Dictamen; lo propio hace el Capitán general en su Confirmación.

EL TRIBUNAL MILITAR, NO SÓLO NO ORDENÓ LA EJECUCIÓN, SINO QUE PREVIO EL INDULTO Y SENTENCIÓ SOBRE LA PREVISIÓN DEL INDULTO.

Esto dicen los autos publicados por el gobierno maurista.

Luego, SÓLO MAURA Y SUS SECTARIOS Y SEDUCTORES SON ÚNICOS AUTORES LIBRES, INTENCIONADOS Y VOLUNTARIOS DE LA EJECUCIÓN DE FERRER, Y SOBRE SUS FRENTE CASCA LA SANGRE DEL EJECUTADO.

Quererse disculpar con el Trono, es traicionar al Trono; disculparse con el Ejército, es calumniar al Ejército; disculparse con la independencia patria, es ultrajar á la Patria. La procaacidad en la ejecución y la excusa ante las consecuencias, demuestra la villanía de alma igual á la negación de la inteligencia.

**

Aquí tiene usted, amigo Nakens, mi opinión acerca de este caso difilísimo de explicar dentro del respeto que impone la ley, y dentro del transcendental interés que en estos momentos tiene el encauzamiento de la conciencia pública. La crítica sana no debe ponerme reparos que la ley me prohiba contestar y que no merecen ya la heroicidad de la rebeldía. Usted, Sr. Nakens, sabrá comprender la alta razón de lo que digo y la no menos alta razón de lo que callo.

S. PEY ORDEIX

MAESTROS CON HÁBITO

Hay que procurar su destrucción, cueste lo que cueste, y por todos los medios que estén á nuestro alcance, que son muchos y eficaces, si nuestro liberalismo es verdadero.

La escuela monástica y clerical es el mayor peligro para la inteligencia, el corazón y la moral. Los que hemos tenido la desgracia de pasar por ella, sabemos muy bien cuán cierta es esta afirmación. Las más nobles disposiciones quedan allí esterilizadas, y las conciencias más rectas se tornan allí hipócritas, tortuosas, esquinadas, estudiando sólo la forma, aunque el fondo sólo sea un amasijo de corrupciones.

Los mejores maestros son los que han constituido familia, y á quienes puede apli-

carse con justicia el dictado de *padres y madres*, porque lo son en verdad; no como los frailes y monjas cuya paternidad es una mentira, una farsa sacrilega que usurpa la invocación más augusta que existe sobre la tierra, aplicándola a seres que ni física ni moralmente son lo que quieren que se les llame.

Los mejores maestros son los que viven en el mundo, cuyas alegrías, miserias y dolores conocen perfectamente, y no los que se recluyen aislados dentro de un ambiente fuera de la realidad, desconocedores de las luchas, peligros, espaldas y decepciones del rudo batallar de la existencia.

Los mejores maestros son los que visten como todo el mundo, viven en hogares semejantes a sus discípulos, están sujetos a las mismas leyes que los demás ciudadanos, y no los que se cubren con sayales signo de una penitencia que no practican, viven en moradas suntuosas, y tienen todos los privilegios y favores, estando exentos de todas las cargas.

Los mejores maestros son aquellos cuya vida ha pasado por los mismos trámites que la nuestra, y a los cuales podemos pedir consejo y luz sobre conflictos que ellos conocen por experiencia, y no los que han ingresado en el paraíso bobo del claustro en el albor de su juventud, que saben las cosas de *oidas*, que no conocen lo que es amar, ni sufrir, ni concebir el cariño intenso y abnegado hacia las personas, ignorando en absoluto los terribles dilemas que las pasiones lícitas plantean ante los deberes ineludibles, y que no pueden aplicar ningún bálsamo a las heridas del corazón que, entre estas gentes, y según su criterio, no debe palpar sino ante una Virgen de cartón-piedra o ante un Sagrado Corazón con barba rizada, mejillas teñidas de carmín y manos afeminadas, que señala a su pecho con remilgos de *tenorino* de opereta.

Los mejores maestros son aquellos que tienen apagados los fuegos de la concupiscencia con las aguas salutaris del matrimonio, estando exentos de exaltaciones morbosas, efecto ineludible de un celibato forzoso, y no los que, rodeados de una aureola de castidad, caen en las más hediondas aberraciones, como aquella superiora de un refugio de Milán que entregaba las huérfanas a la liviandad de un capellán sátrapa, la hermana de la caridad del asilo de San Bernardino que masturbaba a los chicos mientras les enseñaba a escribir, el escolapio barcelonés que violaba a los alumnos cuando iban al retrete, y el hermano de la doctrina, que después de mil inmundicias sádicas, cortó en pedazos y encerró en un cajón al alumno predilecto.

El niño o niña sale de la escuela monástica con degeneración del espíritu y del cuerpo. El católogo de monjas y frailes maestros condenados a presidio por ultrajes al pudor de sus alumnos, catálogo que formará algún día, es tan inmenso, que se necesitarían varios números de este semanario para reseñarlo.

Como se ha podido ver en la estadística monacal española publicada en EL MOTIN, España entera está sembrada de conventos, y lo que es peor, de conventos que al mismo tiempo son colegios. Con dificultad se escapa un niño de esta red de magisterio clerical que el monaquismo ha extendido sobre la península; las generaciones actuales están educándose todas bajo la férula del fraile, el cual formará también las de mañana a su imagen y semejanza, y con almas y pechos modelados por la mano del monaquismo, no es posible soñar con la regeneración de la patria ni con la emancipación de las conciencias.

Mientras no arrebatemos a los niños de la escuela frailuna, todas nuestras propagandas y luchas caerán en el vacío, porque las esterilizarán seguramente los que fueron vaciados en los moldes de las aulas monacales.

La escuela laica debiera ser el bello ideal de todo buen republicano y todo liberal convencido.

¿Lo es? No; porque ellos mismos son los primeros que llevan sus hijos a los escolapios, maristas, ursulinas, sagrado corazón, etc., con el pretexto de que los colegios son más grandes, elegantes e higiénicos que las destaraladas aulas laicas.

La escuela laica no prospera, no levanta palacios escolares, porque el apoyo y el auxilio que le era debido afluye a la escuela clerical regentada por la monja inepta o el fraile ignorante. Ellos mismos no habrían levantado sus colegios suntuosos si las legiones de alumnos, guiadas por sus padres, hubieran seguido el camino que conduce a la escuela laica.

El maestro no debe tener hábitos, y si los lleva, debe quedarse sin alumnos.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Noviembre 1909.

Las religiones positivas y la mujer

Triste condición la de la mujer en la India brahmánica. Sometida primero a la autoridad paterna, después a la marital, en último caso a la de su primogénito, no es libre un solo momento de su vida. Soltera, se halla bajo la inmediata potestad del padre, que dispone de ella como de una cosa. Casada, su subordinación es completa. No

puede comer a la mesa con su marido, ni hablar familiarmente con él. Obedecer pasivamente es su misión. No debe pronunciar el nombre de su marido; cuando se dirige a él es preciso que le llame «señor». El hombre trata en cambio a su esposa de «esclava». La castiga por los motivos más fútiles. Puede repudiarla por el mero hecho de contradecirle o de hablarle con displicencia. Para la mujer no existe el divorcio. Si el marido se ausenta, aún cuando ignore su paradero, debe permanecer en viudez toda su vida, a no ser que prefiera suicidarse sobre la tumba de aquel, cosa muy bien vista en la sociedad brahmánica. En caso de adulterio, mientras que al hombre sólo se le impone una tonsura infamante, a la mujer se la condena a una muerte horrible, a ser devorada por los perros. La mujer india es un ser esencialmente impuro, de naturaleza profundamente viciosa. Tal dice el Código de Manú.

No consideran a la mujer mucho más los partidarios de Budha. En el Tíbet el matrimonio es, como en la India, un contrato de compra-venta en que para nada se cuenta con la mujer. Creen los tibetanos que casarse equivale a degradarse; de aquí la poliandria como un mal menor, necesario. Se deja a las mujeres en relativa libertad, pero es porque se las desprecia profundamente. No pueden salir a la calle sin embetunarse el rostro. Para ellas son todos los trabajos penosos, todas las labores domésticas, de la agricultura y del comercio.

Entre los secuaces de Confucio la condición de la mujer es también deplorable. El bello sexo es en China tan infortunado como en la India. Su sumisión es absoluta. El matrimonio es cosa de los padres; para nada se tiene en cuenta la voluntad de las hijas, que deben no haber visto jamás a sus futuros. Una vez casada, la mujer china, constantemente reclusa en el gineceo, ni siquiera hace vida común con su marido. Este puede repudiarla por cualquier motivo; por ser celosa, por hablar demasiado, por estar enferma, etc.; ella, en cambio, jamás tiene derecho al divorcio. El adulterio de la mujer se castiga con pena de muerte; el del marido las más de las veces queda impune. Aparte el adulterio, el delito de la mujer es más fuertemente penado que el del varón. Si un marido mata a su mujer por haber ésta maltratado o injuriado a una persona de la familia de aquél, la pena es de cien bambuzos; si la mujer hace otro tanto es, cuando menos, decapitada. La situación de la viuda es en China en extremo triste; de aquí que el suicidio sobre el sepulcro del marido sea frecuente. La mujer debe ser tan dócil, tan sumisa, tan callada, que se deslice por la casa como una sombra. Según el propio Confucio, «el hombre es el jefe y debe mandar; la mujer le está sometida y debe obedecer».

No era mucho mejor la suerte de la mujer entre los hebreos. El padre podía vender como esclava a la menor de sus hijas, que de este modo llegaba a ser concubina del hijo de su comprador. El matrimonio era un verdadero contrato de compra-venta en que la mujer desempeñaba el papel de mercancía. La poligamia, de que tan altos ejemplos nos ofrecen el piadoso David y el sabio Salomón, no estaba reñida con la Biblia. Las doncellas pobres eran vendidas por sus padres en calidad de concubinas. Una vez casada, la mujer se hallaba sometida por completo al marido. No heredaba a éste ni podía testar. Sólo podía solicitar el divorcio en circunstancias gravísimas, mientras que el marido tenía el derecho de repudiarla por los motivos más insignificantes. El adulterio de la esposa era castigado de un modo atroz. En juicio, el testimonio de la mujer no valía más que el del niño o el del esclavo. Considerada impura en todas sus crisis, precisamente cuando más debía ser amada, la pobre mujer hebrea pasaba, a los ojos de muchos doctores, por un ser sin alma.

Entre los árabes, la condición de la mujer era aún peor. El infanticidio, que el Korán condenaba muy enérgicamente, pero sólo desde el punto de vista moral, causaba estragos en el sexo femenino. La autoridad del padre, que podía obligar a sus hijas menores a contraer matrimonio, no tenía límites. La mujer no se casaba; era, como entre los hebreos, comprada, adquirida por su marido. Apenas si la esposa árabe era una persona. Debía ser, ante todo, obediente y sumisa. Tenía que compartir lo que nosotros llamamos hogar con las demás esposas legítimas y con las innumerables concubinas esclavas. El marido podía maltratarla y lo hacía brutalmente. Viuda, la parte en que sucedía al esposo era insignificante. El adulterio de la mujer se castigaba, como entre los hebreos, bárbaramente. La instrucción dada al sexo femenino era casi nula. O no se permitía que las mujeres orasen en las mezquitas o se las destinaba en ellas un lugar especial. Para muchos comentaristas del Korán es dudoso que las mujeres tengan espíritu. Según el mismo Korán, los hombres son superiores a las mujeres porque el cielo así lo quiso y además... porque «las dotan».

Y llegamos al Cristianismo. Libre Dios de decir de él nada que pueda ofender al respetable *patrio de butacas*. Quiero pasar en silencio cuanto del bello sexo dijeron santos padres y doctores. Ni aun quiero acordarme de aquel concilio en que se discutió si las mujeres tenían o no tenían alma. Bas-

tele al lector mirar en derredor suyo y ver qué lugar se ha hecho a la mujer en nuestras sociedades cristianas. Bástele recordar que fueron en la Edad Moderna los impíos *convencionales* los primeros a sacudir el yugo que desde la aparición del patriarcado oprime a la más hermosa mitad del género humano. Bástele ver quienes son los que en la actualidad afirman las reivindicaciones feministas. Libre pensadores, ateos, anticlericales; gente toda de conciencia emancipada que lucha por destruir los viejos dogmas; hombres como el insigne Le-tourneau, en cuya obra póstuma *La condición de la femme dans les divers races et civilisations*, recientemente publicada por la *Biblioteca Sociológica Internacional*, he recogido la mayor parte de los hechos que acabo de exponer. Quien dice feminismo dice democracia. La mujer sólo será libre en una sociedad en que se haya desvanecido hasta la última sombra de poder teocrático.

ALVARO DE ALBORNOZ

San Ignacio y las pesetas

Los jesuitas tienen derecho a embaucar beatas y sacarles los cuartos; tienen derecho a coleccionar congregantes de San Luis e inspirarles repugnancia invencible a la mujer; lo tienen a recoger herencias cuantiosas que se convierten en colegios y residencias suntuosas; lo tienen indiscutible a fanatizar alcaldes memos y gentes de mediano chirumen; pero de ninguna manera se les puede tolerar que prediquen moral y buenas costumbres; hay que prohibirles, en nombre de los rudimentos de la honradez, que hablen de desinterés o de pobreza cristiana, y, sobre todo, no puede tolerarse que nombren siquiera la palabra obediencia.

¡La obediencia! ¡No alardean ellos poco de practicarla! ¡No cacarean poco el culto que le rinden! ¡No cantan con poco entusiasmo las excelencias de esa virtud! Sin embargo, no hay nadie hoy en el mundo, entiéndase bien, absolutamente nadie que con tanto descaro y tan por costumbre desobedezca como los jesuitas. Tanto es así, que bien pudiera llamarse todo el mundo los desobedientes, como al que vive de la música se le llama músico y al que de la agricultura agricultor.

Si, porque los jesuitas viven hoy de la desobediencia, y la desobediencia es su vida; su renta, su influencia, los esplendores de sus cultos, las comodidades de sus casas, los prestigios de sus religiosos, todo, en fin, lo que son y lo que valen y lo que pueden esperar.

Y no se crea que hablamos de su ya tradicional desobediencia a las leyes de las naciones, desobediencia que encendió y mantuvo en España la guerra civil o hizo de Poyanne un depósito de armas, escapularios y bofnas para los carlistas. No nos referimos tampoco a su desobediencia al Papa y los obispos, que es uno de los caracteres distintivos de la Compañía, no; ahora hablamos de la desobediencia de los jesuitas actuales a las reglas que les impuso su padre y fundador San Ignacio de Loyola, desobediencia que vamos en seguida a demostrar de un modo irrefragable, y que hace que, según todas las leyes de la filosofía y aun de la gramática, podamos afirmar que la Compañía de Jesús no existe, que los jesuitas no existen, y que lo que se llama religión de hijos de San Ignacio no es más que una sociedad de socorros mutuos, compañía arrendataria de la imbecilidad española, o Niños de Ecija con sotana.

Dice terminantemente el fundador de la Compañía en una de las reglas:

«Todos los de esta Compañía deben entender que han de dar gratis lo que gratis recibieron, no demandando ni aceptando estipendio a guisa de recompensa de misas o cualquier otro ministerio de los que ejercita la Compañía».

Esta es la regla de los jesuitas, esta es su ley, esta es su obligación, esto lo que han de practicar para ser tales hijos de San Ignacio, pues religiosos que no cumplen su regla, dejan de ser religiosos para ser comediantes con ribetes de timadores.

¿Cumplen esta ley? ¿Se atienen a esta regla? Esto no lo hemos de decir nosotros, esto lo dicen a coro todos los españoles, seglares y eclesiásticos. Los sacerdotes gritan: «Nos quedamos sin estipendio de misas por que se lo llevan los jesuitas»; los escolapios dicen: «no nos encarga nadie una misa con estipendio, porque todas las que valen algo se las llevan los jesuitas»; los obispos claman: «nuestro pobre clero no puede vivir allí donde hay jesuitas, porque éstos se llevan todos los estipendios y limosnas por predicar, misas y demás ministerios que ejercita la Compañía»; los seglares dicen: «estamos hartos de que los jesuitas lleven dinero por todo».

Entre los pescadores es sabido que, cuando hay una ballena cerca de alguna costa, allí no queda una sardina, ni un salmonete, ni pescado alguno. De la misma manera los pobres curas y frailes saben que donde cae una comunidad de jesuitas no queda una limosna, un donativo, un sermón con paga o una misa de regular estipendio. Se lo traga todo la ballena, cuyo vientre es capaz de engullir todas las existencias que en billetes o en metálico tengan los Bancos de todo el mundo.

Hay que confesar que San Ignacio, que tanto talento tenía, no llegó a presentir cuál

había de ser el espíritu del siglo XIX, y las innovaciones que habrían de introducirse en la piedad, en la devoción y en la vida de las Ordenes religiosas. No adivinó que, andando los tiempos, había de ser la pobreza cristiana patrimonio exclusivo de republicanos impíos y demagogos, quedando las riquezas, los grandes negocios, las empresas lucrativas, los comercios en grande, como patrimonio exclusivo de gentes piosísimas, almas contemplativas, corazones encendidos del todo en el divino fuego del amor y religiosos observantísimos del voto de pobreza. De aquí un conflicto para cuya solución ha tenido la Compañía que echar mano de todo su talento, su penetración, su diplomacia y aun de su continuo trato con Dios.

La regla prohibía explotar la piedad, percibir un céntimo como estipendio de sagrados ministerios; la estupidez española había convertido el ejercicio de los ministerios sacerdotales en mina que a las del Transvaal dejaba tamañitas. ¿Qué hacer? Obedecer a San Ignacio era la pobreza, la ruina, la humillación. Pues no obedecerle; hacer caso omiso de su regla; convertirla en un papel mojado. Después de todo, ¿quién conoce la regla de la Compañía? Y la desobediencia empezó a ser su vida y su riqueza.

Los jesuitas siguieron con el mayor descaro del mundo hablando de obediencia y ponderando su mérito; los memos, cuyo número es infinito, escucharon con la boca abierta las predicaciones de los mal llamados hijos de Ignacio, y las personas decentes vieron evidentemente que la Compañía de Jesús había pasado a ser la familia de Monipodio.

GIL BLAS DE SANTILLANA

SIBERIA MORAL

Todos los inviernos, a la aparición de los primeros fríos, cuando las heladas endurecen la tierra y las escarchas platan los tejados, la musa filantrópica dedica un canto de misericordia, un recuerdo piadoso, como aniversario anual a los desamparados de la fortuna, a los pobres sin albergue, a los pobres sin lumbre, a los pobres sin pan. El *cliché* de ocasión, guardado y servido en años anteriores, reaparece en los periódicos con invariable constancia, como el *Cristo* de Velázquez en Jueves Santo y la lista de las víctimas en el Dos de Mayo. El cuadro conmueve con su verdad, y espanta por el contraste.

En una parte, allá en las cimas sociales, el hogar cómodo, bien defendido por fuertes muros, bien abrigado por dobles tapices y gruesas alfombras, bien repartido en salones, comedores y dormitorios, con chimeneas que caldean el ambiente, con vinos que caldean la sangre, con lechos que descansan al cuerpo, con el bienestar asegurado que descansa al espíritu. Besos apretados de los padres, chisporroteos de la leña, risas y alegrías, todo lo que da calor a la carne y al alma.

De otra parte, la casaca desgarnecida, estrecha, oscura, el viento soplando por las rendijas, el agua lloviendo por los vidrios rotos; el baldosín desnudo; el camastro ambulante; la ropa única con dos usos; por el día para vestido del cuerpo, por la noche para abrigo de la cama; el fogón silencioso, vacío, sin el cloquear del puchero que hierve y sin otras provisiones que el montoncillo de cenizas de la última lumbre. El padre y la madre arrebuñados en la capa y el mantón raídos; y en un rincón la niña tirando bajo la rapada toquilla; el niño aterido bajo el gabán desechado por el padre. Se habla sólo del hambre del día; se piensa sólo en la comida de mañana; se espera sólo la llegada del nuevo apuro, que se avecina con el vencimiento del alquiler que puede quitarles lo único que les queda: un techo bajo, un suelo frío y unas paredes delgadas. No se charla; la miseria es poco comunicativa; no se ríe; la desesperanza tiene la cara seria; no se besa; el hambre es casta, aun para las santas caricias familiares. Allí hay únicamente escasez, desabrigo, incertidumbres, despegos.

Y todavía existe otro frío allá abajo, abajo, descendiendo a las más oscuras hondonadas sociales: el frío a cielo raso, la vida en la calle, el hambre en el arroyo. El mendrugo de pan tirado al suelo como se tira a los perros; las sobras revueltas de la comida, recogidas con ansia de los ojos; el lecho en el umbral de la puerta; la lluvia escuriendo por las desnudas carnes; glaciales besos del aire por caricia; harapos de la madre por único abrigo de la criatura que tose con tos bronca, presagio de la pulmonía; el olvido del mundo, el olvido de la familia, el olvido de la providencia, todo en fin, lo que da espeluznos a la carne y al alma.

¡Sol muerto de Diciembre, luna helada de Enero, noches de algazara para el rico, de envidia para el pobre, de desesperación para el mendigo! Vuestro cuadro de blanco y negro, vuestro contraste duro de luz y de sombra, pueden hacer del hombre caritativo un demagogo, más demagogo cuanto más caritativo, que a veces el sentimiento sublevado hace más revolucionarios que la idea perseguida. Honda conmiseración y penoso recuerdo de la musa filantrópica merecen estos días crueles los pobres sin amparo.

Pero hay otro frío más espantoso en la atmósfera de España; otro frío que debiera

ue mover á mayor lástima y más triste lamentación, porque ese llega inevitablemente á todos los hogares y penetra todos los huesos de esta sociedad. No le vence el poder, no le ablanda el oro, no le detienen los muros, no le aplaca la pira de leña quemada en holocausto suyo, al modo de que los gentiles quemaban víctimas para aplacar la ira de los dioses. Ni es posible defenderse de él, ni posible desahucarlo. Está en la médula social, como está en los viejos y los agotados, por dentro. Como la ventisca por las hendiduras de la pared resquebrajada, se mete por los poros del alma española, abiertos á toda miseria y á todo contagio. Es el frío espiritual, más digno de compasión que el frío de la materia, porque este al fin acaba en la primavera, y aquél no tiene término ni con la venida de las flores ni con el ardor del estío. Vive incólume en todas las temperaturas, como la fiebre del moribundo que frita á los cuarenta grados del termómetro. Y á esta moribunda madre nuestra le faltan todos los calores.

Se ha congelado nuestra historia: ayer sol que calentaba los dos mundos; hoy astro eclipsado en los horizontes internacionales.

Se ha congelado nuestra bravura: ayer incendio brutal que abrasaba territorios y ejércitos; hoy asustadiza doncella que abandona tierra y legiones antes que perder la virginidad de sus espadas.

Se ha congelado el patriotismo: ayer locura sublime que nos llevaba de cabeza á los precipicios sin fondo ó á las alturas sin bajada, como allí viéramos una hoja de laurel; hoy cálculo de números que entrega sin dolor y sin defensa pedazos del cuerpo nacional alimentados con nuestra sangre y cimentados con nuestros huesos.

Se ha congelado la pasión política: ayer criadero de mártires, remolino de ideas y puja de abnegaciones; hoy seco contrato bilateral para el disfrute del país; sociedad de seguros mutuos para la vida; pacto y conglomeración de familias para las cuales todo es santo y patriótico si lleva á la comodidad, y todo atrevido y reprochable si lleva á la responsabilidad.

Se ha congelado el idealismo de la raza: ayer engendradora de soñadores, casados indisolublemente con su palabra, desinteresados desahucadores de agravios, fanáticos del honor, monomaniacos de grandezas, cerebros quizá huecos ó hinchados como los globos, pero que también como los globos amaban la altura, blasonando de invencibles, linajudos, altaneros y nobles, de igual suerte que Don Quijote llevó una corona imperial dentro de la cabeza aunque nunca pudo colocársela afuera. Hoy sólo se ensalza á los despiertos que no se duermen en las pajas, á los practicantes de la vida, acomodados con la realidad. Oros son triunfos, y como el oro hace peso en el bolsillo, dobla el espinazo y lo inclina á lo bajo. Lo bajo no quiere ya subir, y lo alto se complacía en descender, tomando por modelo de porte, costumbres, hechos y dichos, y hasta por único ideal artístico, á la gente del bronce y de la jácara flamenco y chulapona con puntas románticas y ribetes sentimentales.

Se ha congelado el arte: ayer pintor de nuestras glorias, nuestras batallas y nuestras devociones en lienzos grandes como la inspiración y la mano que los trazaban; hoy arlequín de colorines chillones, exposición de figurillas extrahumanas, mercado de menudecias de gabinete y adornos de tocador.

Se han congelado las letras: ayer creadoras de furias trágicas, de pasiones vivas, de conflictos hondos, de seres ciclópeos más altos que el hombre; hoy miniatura relamiada, rapsodia sin substancia, belleza fofa sin nervios ni sangre, cuento sin fondo para adormecer niños grandes, farsa de juglares para sacar risotadas que parecen gárgaras, porque no pasan de la gola. La carcajada del imbécil como único placer, única emoción y única finalidad de la estética.

Compadezcamos á los infelices sin hogar, pero no nos compadezcamos de ellos solos. Hay mucho tan indigno de conmiseración y tan necesitado de socorro como esos infortunios. Algo más espantoso que el frío y las miserias de la calle, y son esas congelaciones de la conciencia española... esa miseria mental, ese entumecimiento del corazón popular, esa abyección de la raza, ese enfriamiento de un cadáver al que le falta sepultura. El frío presente no traspasa sólo la carne desnuda del pobre: todos estamos en la siberia moral.

EUGENIO SELLES

La abdicación de la propiedad

Esencia del monaquismo es la abdicación de la propiedad individual; al mismo Papa, con reconocerle sus partidarios de la Edad Media un poder ilimitado, casi divino, le negaban la facultad de dispensar á un monje de su voto de pobreza. Este es el ideal. Veamos los hechos.

San Bernardo, y con él otros hombres eminentes de la Iglesia, se lamentaban de que los monjes, en vez de trabajar para su salvación, buscaban con codicia los bienes de este mundo.

Los Concilios de Tours, de Burgos, de Saumur, de Londres y otros del siglo XIII, acreditan que el vicio de la propiedad invadía todos los monasterios, al declarar culpables de idolatría á todos los religiosos que poseyesen algo como propio y agregaron á las penas espirituales penas temporales.

Un doctor católico de París, M. Mortene, escribe en el siglo XV á un canónigo regular: «Es raro encontrar un monje que no se apropie de algo; lo mío y lo tuyo resuenan en los monasterios con más frecuencia que el nombre de Jesucristo; no hay un religioso entre mil que sea fiel á su voto.»

El mismo San Buenaventura nos dice en su obra, *Apología Pauperum*, lo que había llegado á ser la abdicación de la propiedad sesenta años después de la institución de los menores: «El dinero, escribe, ese enemigo mortal de nuestra Orden, es pedido con tal altivez por nuestros hermanos, que los pasajeros tienen miedo de encontrárselos, y huyen de ellos como de los saltadores de caminos. Nuestra pobreza es un horrible engaño; mendigamos como si fuéramos pobres, y nadamos en la abundancia.»

El poeta católico Jubinal vituperó la hipocresía de aquellas pobres «gentes llenas de bienes que, sin tener blanca, vivían mejor que los que poseían tesoros y tierras.»

En 1255, Humbert de Romanis, general de los dominicos, calificaba de viles los medios de que se valían los monjes para procurarse riquezas. Quitaban, decía, al clero secular las confesiones, los testamentos, las sepulturas, para arrancar legados á los penitentes y á los moribundos.

«El que muere, decía el publicista católico Rutebeuf, sin nombrarlos legatarios, pierde su alma.»

Oigamos para terminar al enérgico católico Juan de Meung: «Dícese en muchas partes, y muchos lo creen, que no testaría tanto esta gente (los monjes) en provecho de las almas, si no vieran en ello gran provecho... Si les mueve principalmente la piedad de las almas ¿por qué no asisten por igual á pobres y á ricos? Pero ellos se cuidan de los ricos y no de los pobres.»

Y es que aquellos publicistas católicos, y aquellos concilios, y aquellos poetas ortodoxos, y aquellos santos de la Iglesia, al lanzar sus dardos contra los abnegados y espirituales monjes mendicantes «florón de la cristiandad» como los llamó un mestizo de *El Universo* de Madrid, no estaban en el secreto de los acomodamientos que caben con el cielo. Los monjes, al adquirir riquezas, lo hacían obteniendo el consentimiento del abad: ¿no estaban obligados á obedecerle en todo? Quedaba, pues, descargada su conciencia. Otros mendicantes se hacían asignar en los testamentos de los moribundos una cierta cantidad de dinero para su vestido y alimento; ¿podía considerarse como propiedad una posesión que sólo servía á las necesidades de la vida? Hubo, en fin, quienes tomaron los bienes del monasterio á censo con facultad de disponer libremente del sobrante: ¿no era preferible tener por censatarios á los religiosos que á los extraños?

El escapulario y el duro

Habían nacido en el mismo pueblo y en el mismo año. Hermanos por el afecto, ya que no por la sangre, Juan Fernández y Pedro Rodríguez queríanse entrañablemente. Juntos habían entrado en quintas y servido en el mismo regimiento. El mismo día habían regresado al pueblo, pendientes de vistosos pañuelos de seda los metálicos canutos que encerraban las licencias ilimitadas, con las que habían soñado unos cuantos meses, así cuando les correspondía prestar los servicios del cuartel, como cuando lucían la gentileza y marcialidad de sus cuerpos en las grandes paradas y fiestas militares más solemnes. Eran, pues, dos licenciados á quienes el valor se les suponía, pues nunca habían entrado en fuego. ¡Ah! Pero si en trance de guerra se hubiesen visto, ¡buenas cruces laureadas adornarían los nobles pechos de Juan Fernández y Pedro Rodríguez!

Eran además dos guapos mozos, á quienes con ojos de codicia miraban las mozas guapas, envidiosas de la suerte que tenían Petra y Juana, muchachas de lo mejorcito que el pueblo había criado, y á las cuales querían Juan y Pedro como quieren los licenciados, no por pasatiempo veleidoso, sino con el mejor y más honesto de todos los fines que persiguen los enamorados.

Formaban dos parejas que daba gloria verlas los domingos y fiestas de guardar á la caída de la tarde, cuando daban gusto á brazos y piernas bailando de lo lindo al compás del tamboril y la dulzaina. Petra, con sus ojillos negros, de mirada viva y picaresca, encendía hogueras de pasión allá en el fondo del alma de Juan, de suyo vehemente; Juana, con aquella placidez de sus ojitos azules, revelaba todo un cielo de

venturas al bueno de Pedro, á quien no bastaban pañuelos para limpiarse la baba que hilo á hilo y de puro gusto le caía.

En un día mismo habíanse dado palabra de casamiento las dos parejas; y no era cosa del otro jueves la tal coincidencia, porque también ellos se habían declarado á ellas, y ellas habían dicho que sí á ellos un día mismo en la extensa era en que se ocupaban en las faenas agrícolas, tan agradables para el que las contempla, y casi siempre tan ingratas para el que las ejecuta. La suerte de Juan Fernández y Pedro Rodríguez estaba, como se ve, unida por un solo lazo.

Eran felices y dichosos, con sus licencias en el bolsillo y con el cariño de sus novias, cuyos cuellos cubrían los domingos y fiestas de guardar aquellos pañuelos vistosos, de los cuales pendieran un día memorable los brillantes canutos de hoja de lata...

«Pues no faltaba más sino que ellos, Juan y Pedro, dejasen de acudir al llamamiento de la patria! El moro infiel había llevado su audacia hasta ofender la honra nacional, de la cual á Juan y Pedro correspondía un pedacito. El pregonero lo había hecho saber al vecindario. Todos los reservistas de la quinta á que pertenecían Juan y Pedro tenían que incorporarse á sus respectivos regimientos en plazo breve é improrrogable.

Y llegó la víspera de la marcha. A la orilla del río, al pie de un chopo, Petra y Juana reiteraban á Juan y Pedro las protestas fervientes de su cariño inextinguible. Era aquel un par de idilios admirables. Ellos, los reservistas, aducían, para tranquilizar á sus intranquilas novias, argumentos de alta política.

«Todo hijo—decían—debe á su madre sumisión y respeto. Más que eso aún: le debe la vida... ¿Pues qué es la patria? Una madre que tiene muchos hijos, y todos debemos ir á vengar las ofensas que la han hecho esos enemigos de nuestra madre y de nuestro Dios.

«Sí; es verdad todo eso—objetaban ellas,—y además está muy bien dicho... ¿Como que lo decís vosotros?... Pero, ¿y si esos moros, que Dios confunda, os matan y nos dejan viudas antes de casadas?... ¿Pero, señor, para qué habrá moros en el mundo!...

Hubo un silencio, sólo roto por algún sollozo comprimido y por algún suspiro fugaz é indiscreto. Petra, con los ojillos negros cubiertos con nubes de lágrimas, dijo á su Juan adorado:

«Toma; pónelo en el pecho, sobre el corazón, y no te lo quites nunca. Verás cómo este escapulario y esta Virgen del Carmen tan hermosa impiden que te atraviese una bala de esos herejes, impíos y crueles.

«Mira, yo no tengo escapulario—dijo Juana, brillándole mucho los llorosos ojos azules, á su Pedro inolvidable;—pero te doy toda mi fortuna... este duro, que me ha costado mucho trabajo y mucho tiempo ahorrarlo; te lo doy para que convives al general en jefe después de la batalla y cuando tú hayas matado á quince ó veinte moros.

Y Juan se colgó el escapulario, besándolo antes muchas veces. Y Pedro envolvió cuidadosamente el duro en un papel, y lo guardó luego en el bolsillo alto de su chaleco, sobre el corazón, diciendo:

«Al general en jefe le daré un abrazo, si me lo permite, después de la victoria. Pero este duro no saldrá de mi bolsillo en que lo guardo hasta el día de nuestro matrimonio, que lo gastaremos... en gorritas para nuestro futuro hijo.

Hubo un nuevo silencio... y el murmullo del río se confundió muchas veces con otro murmullo suave, dulcísimo, igual al que producen unos labios cuando dejan en otros una huella de amor, y todo el alma...

Muchos días transcurrieron desde aquel en que los reservistas habían salido del pueblo, aclamados y festejados como héroes presuntos.

La impaciencia dominaba á los lugareños. ¿Qué pasaría en Africa? ¿Habría el moro derrotado á los españoles? Esto no era posible figurando en nuestro ejército unos bravos como Juan y Pedro, cuyas licencias decían: «Valor.—Se le supone.» ¿Habían los españoles degollado á los moros como si fuesen corderillos? Esto era lo probable, casi lo seguro; pero nada se sabía...

Por fin, un día llegaron «los papeles» con la descripción de la batalla... ¿Quién los leería en mitad de la plaza, para que se enterase todo el pueblo? El pregonero tenía mucha voz, aunque agudatosa... No; no podía ser el pregonero; el maestro de escuela... ¿este sí que leía como Dios manda! ¿Como que era, al fin y al cabo, hombre de letra!

Congregóse el pueblo, y el magister, después de montar sobre la nariz las pesadas gafas, desdobló el periódico, miró con aires de superioridad al auditorio impaciente, y leyó lo que sigue:

«Viva España! La salvaje morisma fué vencida en toda la línea. El triunfo de nuestras armas es colosal, inmenso... ¡un triunfo de españoles!»

La lectura fué interrumpida por las aclamaciones de los oyentes, y al propio maestro, con la emoción, se le cayeron las gafas... Después de calmado, relativamente, el júbilo del pueblo, continuó aquél la lectura del periódico:

«Entre los detalles de la magnífica batalla, son dignos de mención los siguientes: Un reservista llamado Pedro Rodríguez, se batió como un valiente que es y se libró de la muerte por milagro. Una bala enemiga le dió en el pecho, pero rebotó al chocar en un duro que llevaba en el bolsillo del chaleco. Otro reservista, Juan Fernández, que se batía juntamente con el citado Pedro, cayó al lado de éste, atravesado el corazón por una bala. Cuando fué recogido del campo, se vió que el proyectil había perforado un escapulario de la Virgen del Carmen...»

No pudo el maestro concluir la lectura. Un agudo grito de dolor hendió el espacio y paralizó instantáneamente el entusiasmo de la muchedumbre.

Petra, la de los ojos negros y brillantes, yacía en tierra sin sentido... Juana, la de los celestes ojos, le prodigaba consuelos y lloraba de tristeza y alegría á un mismo tiempo... El maestro, afligido también, murmuraba entre dientes:

«¡Atravesar un escapulario la bala de un enemigo de Dios!... ¡Viceversas, vice versas!...

C. B.

PARODIA

«Qué descansada vida la del que huye el mundanal ruido, y en aldea escondida forma parroquial nido con ama y sobrinín recio y nutrido!

Del monte en la ladera con ajeno sudor se agencia un huerto, que por la primavera á un bizzo deja tuerto, mostrando en lontananza fruto cierto.

Se sumerge en el río cuando llegan los días del verano, que al cuerpo infunde brío ejercicio tan sano lo mismo en Alcoreón que en Puertollano.

Después se da un paseo, que su apetito aviva y acrecienta; llega, deja el manteo, y llama á su sirvienta, que sabrosas chuletas le calienta.

Bajo la verde parra cuyas hojas la brisa blanca agita, ¡no es siesta la que agarra el repleto curial! ¡Cada ronquido da, que Dios tiritá!

En invierno sombrío la helada escarcha en el cristal blanquea, pero él no siente frío viendo cómo chispea la lumbre de su enorme chimenea.

Con buena mesa y cama vive feliz el respetable cura en unión de su ama, amable criatura que alegra sus momentos de amargura.

Si alguna vez decidió terminar esta mísera odisea ya del mundo aburrido, si alguien verme desea, que me busque de curá en una aldea.

J. G.

Advertencia administrativa

Al renovar ahora la suscripción, no deben los suscriptores pagar los dos meses que ha estado suspendido el periódico. Por lo tanto, entiendan que se les empezará á contar el año, el semestre ó el trimestre que abonen, desde primero de Diciembre.

A todos los que han pagado ya se les ha hecho ese abono, incluso á los que, al enviar el importe, decían que no se les descontaran esos dos meses. Esto no quita para quedarles muy agradecidos.

Los que á fin de este mes de Noviembre no hayan renovado la suscripción, entenderemos que se dan de baja, á menos que nos manifiesten que desean continuar.

HUMORISMO ANTICLERICAL

FOR

JOSÉ NAKENS

Precio: Tres pesetas.

EL OBISPADO DE VICH

Al Sr. Corras y Bagés.

Escribo á usted, más como hombre de corazón y cultivador de las ciencias, que como obispo forzado á sujetar el corazón y el cerebro á sentimientos é ideas ajenos, que ha de llamar buenos aunque en su conciencia los reputa malvados, y que ha de predicar como verdaderos aunque su inteligencia los rechaza como falsos, so pena de perder la nómina y el cargo, sometiéndose á pasar plaza de apóstata y de renegado con todas las consecuencias.

Intil fuera hacer reflexiones al obispo que tiene jurado rechazarlas y falsearlas en cuanto no se conformen á la llamada *razón católica*, que ni el mismo Pío X sabría definir, y que lo mismo sirve para hacer la apología y deificación de aquel patibular ejecutado por sentencia firme de las legítimas autoridades civiles y eclesiásticas y previo proceso público abierto á todos los testimonios y pruebas, como sedicioso, impostor, anarquista, impío, panteísta, hereje, hombre de mal vivir, borracho, vagabundo y brujo con perfecta prueba legal certificada por pontífices y jueces, allá en Jerusalén, hace dos mil años; como también sirve para amasar con fraudes un proceso, imaginar delaciones traidoras, armar la opinión, apremiar con halagos y amenazas á las autoridades, y agotar los recursos del genio satánico para hacer condenar á un apóstol de la enseñanza popular, y execrarlo, maldecirlo é infamarlo después de muerto. Hablo de Cristo y de Ferrer. Puestos en parangón ambos procesos, no hay más diferencias que las que forzosamente tienen que resultar de las épocas distintas en que los suplicios se verificaron.

Es el valor del tiempo. Así en lo físico como en lo espiritual el tiempo trabaja en las cosas hasta invertirlas. La Iglesia recogió en sus alambiques la regeneradora y líquida sangre de Cristo, en cuyo nombre fué bautizado Ferrer. El agua del bautismo que se le administró al nacer, amasada con la sangre de Cristo en el alambique eclesiástico, ha coagulado la sangre aquella; los coágulos han cristalizado, y le han sido servidos en balas de plomo en el foso de la muerte. ¡Milagros de la alquimia teológico-eclesiástica!

Usted, como obispo, lleno de esa razón química tan poderosa, en Semana Santa ponderará la sangre líquida de Cristo, regeneradora del hombre y salvadora del mundo; en Octubre, ó al día siguiente, la reparará en forma de municiones, y sirviendo de caliz el cañón del maüßer, la dará á beber á tiros de muerte que escandalicen al mundo todo. A esto le obliga el oficio. Y si no verifica debidamente esta operación química, el Papa, jefe supremo de los alquimistas, le aplicará á usted igual resolución, y le dará á beber con fuego y plomo el cuerpo y sangre de Cristo.

Intil, pues, hacer reflexiones á quien cobra veinticinco mil pesetas por el trabajo de negarse á entenderlas y el de destruirlas: no hablo inútilmente al obispo. Invitarle á discutir honradamente y á aceptar la razón que acaso le fuese contraria, sería propósito tan necio como el de invitarle á tirar por el balcón del Prat de la Riera la bula episcopal, la nómina, la mitra y el capisayo, para verse lanzado del palacio y pasar á ocupar aquella celda de la Gleva reservada á los malvados como Verdaguer, ó aquella otra de Montserrat guardada para proscriptos como yo, ó aquella de la Trapa que espera á los Ferrándiz de España y á los obispos de Laval y Dijon en Francia.

No he de proponerle tal locura, propia de «infelices» como yo, que tuvimos la desgracia de sobreponer el cerebro al estómago y la conciencia á la barriga. Nosotros vivimos de razones y ayunamos de rentas; ustedes viven de rentas y ayunan de razones: su renta es esa enormísima sinrazón que hemos visto.

Pero por más obispo que usted sea, y por más que haya oxidado su cerebro de hombre el humor episcopal, alguna célula quedará exenta é impermeable al aceite de la consagración, y en ella vibrará de algún modo el hombre y el sabio capaz de entender y de sentir, aunque luego la cota de hierro episcopal ate las manos y paralice la lengua para hablar y obrar.

Si así no fuese, peor para usted: el obispo nabrá comido todo el hombre; toda invocación á la sindéresis le irritará como ofensa; y siendo las que voy á hacer tan penetrantes para el cerebro de un obispo como para el cráneo de Ferrer las balas maüßer, entre ellas no habrá más diferencia que el que las unas destruyan los huesos y los tejidos para llevar la muerte física, y las otras penetran por los conductos visuales y auditivos, de-

jando intacto el cuerpo para ir á destrozar el alma en el fondo de la conciencia.

Por lo dicho, y por la muestra, podrá usted ver que estos escritos, aun siendo de ataque, son dignos de la pluma de todo un prelado. ¡Ya querría el primado de Toledo poseer una pluma y una lógica como éstas!

Y al dirigirme á usted, debo hacer constar que respondo á su provocación y agresión última contenida en la *Gazeta Montanyesa*, cuya filiación episcopal no temo que me niegue usted, ya que en varios párrafos manifiesta ostensiblemente el origen palatino de sus informaciones. Al pie de uno de los artículos que habré de comentar aparecen estas letras: «M. D. A.» No he sabido traducirlas más que suponiéndola una fuga de la sílaba IER interpuesta entre las dos primeras. Si no es tal el apellido del autor, ganado lo ha, y yo le felicito por su logogrifo. Pero, sea cual fuere el autor material de los escritos, yo sé bien que, «así como en el universo no se mueve una hoja sin permiso del Padre Eterno», así en la prensa católica no se mueve una letra sin permiso del Padre Temporal diocesano. El prelado es el *docente*, el *inteligente*, el *consciente* y el *movente*: los otros son sólo instrumentos materiales é irresponsables; escriben para *agradar* al papá y merecer el bocadillo de pan que necesitan para sí, para sus padres ó para sus amas. Este fin excusa toda su culpa: no ofenden para ultrajar á los otros, sino para comer ellos. Como el verdugo, matan, pican, censuran ó murmuran, porque si no, se mueren ellos de hambre, de envidia ó de coraje.

Por esto no cargo con ese señor M. D. A. comprimido, ni con los otros anónimos, pobres diablillos, á quienes sus diatribas les valdrán apenas veinte misas de á seis reales y una bendición episcopal; debo dirigirme á usted, autor directo ó indirecto, próximo ó remoto, por acción ó remisión; pues si no lo ha publicado por sí y ante sí, pudo impedir que se publicase y no lo impidió, y pudo corregirlo y no lo corrigió.

Si esto no me diese derecho, me lo darían sobrado los intereses que ahí tengo. En su obispado están mis antepasados, criando hierba en los cementerios, que tengo derecho á impedir se coman los marranos. Ahí están unos centenares de parientes que pagan la contribución que usted cobra y que edificaron el palacio en que vive. Ahí están mis amigos y mis afectos; ahí están veinte años de mi vida, las lágrimas de mi madre y los sudores de mi padre. Tengo derecho á impedir que se malvieran esos sueldos que los míos pagan y que sean profanadas mis afecciones; y si acaso fuesen profanadas, asisteme el deber de castigar la profanación.

Hace diez años que usted me agredió, extralimitándose en su jurisdicción canónica: desde entonces, sus periódicos y sus gentes no han cesado de provocarme. Una razón suprema me mantuvo mudo ante sus agresiones: vivía ahí mi padre, á cuya tranquilidad debía sacrificar yo mi dignidad y aun mi vida. Ustedes se habrían cobrado en él, viejo decrepito, impotente é indefenso, los agravios que darían por recibidos con mis respuestas. Mi padre murió; el campo está libre. Salgo á la demanda.

Ha servido de ocasión el fusilamiento de Ferrer.

Usted no debe saber lo que es un fusilamiento; yo sí. Soy nieto de fusilado; fui engendrado por un padre condenado á ser fusilado; recibí sus primeros besos sirviendo de posibles despedidas para el fusilamiento; y yo he sido peor que fusilado, pues he sido comido de chacales inquisitoriales, no en las carnes del cuerpo donde hay partes indoloras, sino en las entrañas del alma, donde no hay átomo insensible. Yo sé lo que es el fusilamiento. Mil veces he soñado ver fusilar los míos y ser fusilado. Las balas del Tercio de Arbucias que rajaron el cráneo de mi abuelo á presencia de mi padre, resuenan en mis temporales con eco rajante. Y ellos fueron fusilados... ¡por ustedes, por defenderles á ustedes!... cobradores de la nómina, que dejábais sin comer las huestes que os defendían en el monte. ¡Por ustedes!... sí! Vilamitjana, el arzobispo de Tarragona, proveyó de armas la partida del abuelo, y excomulgó al nieto por defender lo mismo que el abuelo defendiera por orden suya! Galcerán, ese párroco de al lado de su palacio, era el impulsor de mi padre á la guerra. Y usted y Morgades y los suyos han acerbado al hijo y al nieto de los seducidos, por sostener lo que ellos sostuvieron.

Yo les perdonaría la sangre de los míos y mi propia irrisión, excusando sus maldades como se excusa la picadura de la víbora y la baba del caracol, nacidos para eso é incapaces de cosa mejor; lo que no hallo medio de perdonar, es que en nombre de Cristo hicieran de mi abuelo un asesino. Más que su fu-

silamiento, siento los que él ordenó... para *agradar* al dios de ustedes, y para armarles á ustedes contra sus descendientes. ¡Eso no lo perdono! ¡Eso es imperdonable! ¡Esta cuenta ha de pagarse! Sobre mi frente pesa la sangre de aquellas víctimas; los ojos de sus descendientes están clavados sobre mí, pidiéndome cuenta de la sangre de sus pasados. Yo he de pagar esta cuenta; yo he de lavar mi frente de tamaño estigma. Esa sangre está ahí... en las arcas episcopales convertida en monedas y títulos de la renta; esa sangre es ese su pectoral de brillantes y su anillo de esmeraldas y topacios; con esa sangre están amasadas sus rentas, su poder, el báculo y la mitra, el sólio y el tabernáculo; sin aquella sangre nada de eso existiera. Esas muertes, fusilamientos, delitos, robos y muertes de los míos y de los otros, se hallan traducidas por la Iglesia á metálico, á títulos rentísticos, á nóminas, á poder, á tiranía, á fatuidad, á periódicos insolentes, á diatribas asquerosas, á seducción del pueblo, á triunfo de la iniquidad soberbia y prepotente... Eso es la sangre aquella; esa es la cuenta que presento á usted ante su pueblo, para confundirle, para aterrarle, para torturarlo, para exhibirle irritado y mudo ante su grey, para que saque del corazón de Jesús sus palabras de perdón universal, transformadas en dictérios y edictos contra mí, y para que pida á los poderes públicos que cojan la sangre de Cristo y la de mi abuelo y la amasen con el crisma episcopal y me la administren transformados en plomo sus coágulos.

Y al verse impolente para esto, ponga en prensa su ingenio para escribir la condenación de EL MOTIN, que desde ahora va á ser el fantasma que llevará el espanto de la Verdad cruda á ese antro de hipocresía.

Y hasta la próxima.

S. PEY ORDEIX

UNA É INMUTABLE

Hacia mediados del siglo XIII circuló por la ciudad papal una carta que *Pecunia*, emperatriz de Roma, dirigía á sus súbditos. A ella pertenece este párrafo:

«Yo habito en las alturas, mi voz alcanza á todas partes, doy la palabra á los mudos y el oído á los sordos... Todos los reyes de la tierra, todos los pueblos recurren á mí; la corte de Roma me está sometida y aquí es donde yo quiero habitar hasta el fin de los siglos; he elegido la corte de Roma con preferencia; ¿qué mayor alegría puedo yo disfrutar que ver á los cardenales postrarse ante mí?... Jamás me cierra la Iglesia su seno, el Papa me recibe siempre con los brazos abiertos.»

Concederé una suscripción de EL MOTIN gratis, al que me demuestre que la Iglesia ha variado desde el siglo XIII acá en esto de postrarse ante la emperatriz *Pecunia*.

Por algo se dice que es una é inmutable.

La compasión católica

El catolicismo nos ha enseñado desde la niñez á compadecer profundamente nada menos que á todo un Dios y á una diosa, virgen, á la vez que madre. Ante esas dos entidades se nos ha hecho creer, y lo que es peor, sentir, que el hombre es un vil gusano, un ser despreciable; no un fin, sino un medio para la gloria divina; en suma, nada. Y que todos los dolores, todos los sufrimientos que padece en la tierra, son pocos y dulces comparados con los que ha merecido y puede sufrir, seguramente los sufrirá, casi el total de los mortales en el infierno, en castigo de haber probado el fruto de un árbol Adán y Eva y de haber ofendido luego su descendencia á ese Dios que no pudo ó no quiso evitar tanto pecado.

La religión nos ha hecho crueles, desequilibrándonos el sentimiento á fuerza de hacernos gastar todo nuestro tesoro disponible de piedad en esos seres divinos; de modo que, insensiblemente, nos ha acostumbrado á no sentir compasión sino hacia arriba, hacia lo que es grande, fuerte, poderoso y tiene algo de divinidad. ¿De quién va á compadecerse el que á sí mismo se tiene por ciego asqueroso y se mortifica en el cuerpo, en el alma y en el corazón para desagrar á ese Dios, de quien al mismo tiempo tiene lástima porque murió y estuvo unas cuantas horas en el sepulcro?

«Me compadezco, Señora, de vos», dicen las mujeres al rezar la Corona dolorosa; y en efecto, de aquella Señora que padeció durante dos días sabiendo que todo iba á concluir en apoteosis; de aquella Virgen, hoy reina de las mansiones celestes, se compadece la mujer que ha sufrido los dolores del parto, las miserias de la vida, la pérdida del hijo, no por tres días, sino para siempre, y las horribles angustias de nuestra existencia.

Se compadece, y a la voz del predicador, que le refiere entre hipérboles despeluznantes los dolores del Hijo, de la Madre y de San José bendito, llora, gime y gasta su piedad toda, sin que le quede un átomo; y así, aunque luego vea á su prójimo con las tripas fuera, ya no tiene compasión que dedicarle.

Esa mujer y ese hombre, derretidos en lágrimas por dolores breves, padecidos hace mil novecientos años en la seguridad de un premio inmenso, van á los toros, y no quedan contentos si no hay peripecias sangrientas; asisten á las ejecuciones públicas, y llenarían la Plaza Mayor, disputándose á peso de oro un puesto, para ver el primer auto de fe que celebrara la Inquisición, si ésta volviese, como la llenaron las damas de Felipe III, como llenan las localidades en los espectáculos del bárbaro *boxeo* las cristianísimas ladíes y misses inglesas, y las francesas presencian los desafíos, diversión la más grata para ellas.

Esa mujer, más que ese hombre, tan cristianos ambos, leen con avidez los relatos del crimen y determinan en la prensa esa funestísima costumbre de endiosar ladrones y asesinos. Esa mujer, dama de la Junta benéfica, retira sus socorros y hasta la cama que regaló al pobre enfermo, si al visitarle ve en la casa un número de un periódico liberal, ó si le dicen que el desgraciado no mira bien á los curas.

Esa mujer es la que molesta á los gobernantes, pidiéndoles la vida del escritor adversario de la Iglesia y todo género de crueldades contra los no católicos; esa la que cierra la puerta de las prisiones para que el indulto no se abra al periodista, la que arma el brazo del trabucaire en las guerras religiosas y del matón reaccionario en las elecciones.

Si es hermana de la Caridad, ella, en su nombre, maltrata y esquilda al pobre, le priva del alimento, lucha contra el médico, si éste defiende al enfermo, y mata de hambre y de abandono al que no quiere confesarse y comulgar, sin perjuicio de quedarse, cuando lo ve muerto, con lo que encuentra en la cama para mantener al fraile paul, parásito asqueroso que la dirige y la explota.

Es triste confesarlo, pero es por desgracia una verdad, que no hay nada tan perturbador, tan deprimente y tan inmoral como las virtudes católico-romanas.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Revista literaria

Mi paso por la cárcel, por José Nakens. Madrid, 1909. 351 páginas en 8.º

Este libro de Nakens se compone de muchos artículos breves, escritos mientras el autor se hallaba preso en la Cárcel Modelo de Madrid. El asunto y fin de esos artículos es denunciar los grandes abusos que, á juicio de Nakens, se cometían en dicha prisión. Su libro, escrito en claro, nervioso y fuerte estilo, es una de las más sombrías pinturas del régimen carcelario, y, en este sentido, recuerda otra obra publicada hace algunos años: *Del cautiverio*, por Ciges Aparicio. Hay, con todo, entre ambas grandes diferencias. *Del cautiverio*, aunque fuese, según testimonio del autor, una obra rigurosamente autobiográfica, estaba escrita en forma novelesca, mientras que la de Nakens narra y comenta escuetamente en esa forma de oratoria política escrita, ó didáctica popular, á que pertenecen la mayoría de los artículos de periódicos, y entiéndase que, al decir oratoria, no digo elocuencia ampulosa, pues admite aquella una escala infinita de matices. Nakens habla poco de sí, y, cuando habla, no se queja. No es un personaje de su obra, como el Sr. Ciges Aparicio y todos los escritores de memorias y autobiografías. Es un observador y un crítico de lo que le rodea, y, desde esa posición espiritual de observador y de crítico, está concebida su obra. De pasada debo decir, como tributo á la imparcialidad, que la existencia de este libro, ó de los artículos que le precedieron, contrasta vivamente con su contenido. No se puede negar que un régimen de prisiones en que un preso puede, mientras lo está, hacer públicas tan formidables censuras á la administración y gobierno del establecimiento donde se halla recluso, no parece un régimen estrecho. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, la situación especial en que se hallaba Nakens. En todas partes, hasta en las cárceles hay diferencias y desigualdades, y es humano y conveniente que las haya. Acaso otro preso no hubiera podido publicar lo que publicaba Nakens, aun en el caso de haber tenido aptitud para observar y juzgar como él.

En otra nación, y especialmente en Inglaterra ó los Estados Unidos, un libro como éste (que probablemente no se hubiera escrito hasta que el autor cumpliera su condena) habría tenido inmensa resonancia, habría provocado debates en la prensa y en el Parlamento, informaciones y visitas á las cárceles, y aun acaso habría sido el movimiento inicial de una reforma. Aquí, los artículos que le componen tuvieron cortísi-

mo eco, y lo probable es que el libro no le alcance mayor. Y es que tenemos escasa sensibilidad para el dolor y la crueldad. Se habla frecuentemente, en son de mofa ó de censura, de la sensibilidad, cuando en realidad tenemos duro y esquivo el sentimiento. Educar la sensibilidad es tan necesario ó más en España que iluminar las inteligencias y domar las voluntades. Largos siglos de guerras, espectáculos bárbaros y sangrientos, nuestra misma sobriedad y sufrimiento para el dolor, hacen que en nuestro huerto se den más fácilmente las flores del heroísmo y del sacrificio que las de la piedad. Por eso es obra urgente y necesaria, obra de maestros, de eclesiásticos y de cuantos alguna parte tienen en la cura de almas, la de civilizar ó humanizar entre nosotros el sentimiento, empezando por el trato de los hombres y acabando por el de los animales; y mucho más patriótico que tapar esta dureza nuestra, es acudir á su enmienda y remedio en cuantas ocasiones se ofrezcan.

Ello es que en el libro de Nakens se cuentan verdaderos horrores. Habrá sin duda quien recuse por parcial su juicio, considerando la propensión de los revolucionarios á exagerar los vicios del estado ó organización social y política que combaten. Las pasiones, hasta las más generosas, como la pasión humanitaria, alteran el tamaño y medida de sus objetos, abultándolos ó achicándolos, según la índole de la impresión que los tales objetos despiertan. Y bien pudiera ser que la pintura de Nakens estuviese demasiado recargada de color, con ser sincera y verídica en cuanto reflejo de sus emociones. Pero todavía, con esta corrección óptica, quedará en el libro materia más que suficiente para que experimentemos un movimiento de indignación y deseemos la mejora y remedio de un tal estado de cosas.

Piensen muchos, con razón, que las cárceles no deben ser lugares de delicias, y yo creo que no hay ninguna que lo sea, ni de muy lejos. Mas hay un minimum de higiene, de sustentación y de respeto á la dignidad humana que es indispensable mantener donde quiera que se trata con hombres. Lugares de pena son las cárceles, pero el sentido moderno y civilizado de la pena no es ya el antiguo sentido expiatorio, de crueldad y dolor, de retribución del mal con el mal. El derecho penal moderno, al menos concebido filosóficamente, es una higiene y una terapéutica social, que esteriliza y cura si puede ciertos elementos morbosos, y hasta puede llegar á eliminarlos, pero sin saña, sin ira, sin espíritu de venganza ni deseo de infligir un dolor, sino al modo como se combaten las enfermedades y se realizan las operaciones quirúrgicas: atendiendo á la conservación del organismo y no haciendo más ni menos que lo que ésta requiera. La penalidad vengativa, sañuda, que se complace en el dolor, es bárbara; es una reacción contra la delincuencia, que psicológicamente puede tener más perentescos con ésta que con el derecho.

A mi modo de ver, los sistemas penitenciarios han fracasado hasta ahora, ó son como esos sueros que se encuentran en período de ensayo, y que alguna vez curan ó preservan de las enfermedades, pero en los cuales no puede abrigarse confianza. La estadística de las reincidencias lo demuestra. La prisión, que es la pena tipo, la pena más generalizada de las modernas, pocas veces es eficaz. En la mayoría de los casos no se le puede conceder otro valor que el de un seguro temporal que paga la sociedad con una prima bastante elevada. El criminal, mientras está en prisiones, no hace daño; pero, ¿y después? A menudo los delinquentes salen más corrompidos de las cárceles. Debería ser la prisión un medio reformativo y educativo, un cambio de aires que, sacando al delincuente—enfermo moral—del medio en que adoleció, le trasladase á otro regenerador é higiénico, donde sanase ó siquiera alcanzase alivio. Pero ¿son las prisiones ese medio? Los nuevos sucedáneos ó substitutivos penales que se van ensayando, como la condena condicional y la libertad condicional en el último período de las condenas, indican la escasa fe que tienen penalistas y legisladores en la reclusión. Desde luego cárceles como las que pinta Nakens, si es exacta ó aproximada la pintura, no son ese medio reformativo que se necesita, sino todo lo contrario, la continuación, poco variada, de las antiguas universidades del crimen.

Bien se me alcanza que el nombre de Nakens, que, para algunos será una garantía, para otros será lo contrario de una recomendación, pero yo no atiendo al autor, sino al libro y al espíritu, y, si menester fuera, diría con el rabí Don Sem Tob:

Non vale el azor menos porque en vil nido siga, nin los enxemplos buenos porque judíos los diga.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

El Imparcial.

Cueva... de frailes

El día 1.º del actual acudieron á la capilla de los Hijos de Asís, en Chelva, varios devotos y devotas para distraerse en la fiesta de Todos los Santos.

Estando en la cueva, y cuando iba á comenzar la ceremonia, se enredaron en acalorada discusión Mauricio Expósito, hermano de San Francisco y portador de la custodia el día del Corpus, y Pascual Zaballos, hermano del mismo San Francisco.

De las palabras pasaron á las obras, y echó usted gritos, arañazos, mordiscos y mojonos, hasta que una puñalada mística-trapera abrió á Pascual la piel y las puertas del cielo á las veinticuatro horas.

El herido fué trasladado á una habitación del convento, adonde acudieron con el fin de prestarle auxilio una hija y una hermana; pero los frailes se opusieron á que lo viesen, porque allí no pueden entrar faldas, so pena de excomunión, y el infeliz murió apartado de los suyos.

Al cabo de una hora dieron parte los padres, y en este intervalo dicen que hubo consejos y conferencias con el herido y el supuesto agresor por parte de los PP. Dionisio y Cándido; y pudo haberlas, puesto que allí permanecieron todos, hasta que el cabo de la Guardia civil y otro guardia trasladaron al Mauricio á la cárcel. El resultado de las conferencias es que el muerto no declaró quién le había herido, y el supuesto agresor dice que nada sabe.

Los vecinos honrados de la población, es decir, los no clericales, protestan indignados.

Aprovechen los frailes la ocasión para echarle el muerto á algún impío de esos que nunca asoman por la Iglesia, y habrán hecho dos buenas obras: salvar del presidio á un amigo y meter en él á un enemigo.

Aun cuando les sería difícil conseguirlo, si lo intentasen: vió mucha gente al beato que apuñaló al otro en la misma Casa de D. os.

Calendario del obrero

A principios del próximo Diciembre se publicará este librito que tan excelente acogida tuvo á principios del año corriente, hasta el punto de haberse agotado en pocos días la edición de 10.000 ejemplares que de él se hizo.

El que está en prensa aparecerá muy mejorado y con más lectura aún que el de 1909.

En él se insertarán sonetos inéditos y revolucionarios de los mejores poetas españoles contemporáneos, cuentos, pensamientos, estadísticas interesantísimas, noticias de grande utilidad y conveniencia para los obreros, un «santal» de la civilización, chascarrillos y otra infinidad de trabajos, todos ellos inspirados en un criterio radicalísimo.

Entre los trabajos útiles se cuentan lo que cuesta el presupuesto de guerra de Europa; lo que Europa paga por intereses y amortización de las deudas, con las jornadas de trabajo que esto supone cada año; estadística por reinados de las víctimas de la Inquisición; señas de organismos obreros de España y del extranjero; tarifas de correos y telégrafos, un estudio acerca del salario y el coste de la vida en España; reglas prácticas y formulario para la fundación de Sociedades obreras, etc., etc.

Como el anterior, este Calendario costará 15 céntimos y 1,20 pesetas los doce ejemplares, debiéndose hacer los pedidos á nombre de J. J. Morato, Divino Pastor, 15, 1.º, ó á esta administración.

La vida y el salario

Para nutrirse de modo que entren en el organismo la porción de sustancias estrictamente precisas para vivir sin déficit fisiológico, una familia de cuatro individuos necesita al día—y no hay presupuesto más barato:

Pan.....	1.900 gramos.
Patatas.....	1.000 —
Carne.....	300 —
Legumbres secas.....	250 —
Bacalao.....	250 —
Tocino.....	50 —
Azúcar.....	30 —
Aceite.....	30 decilitros.
Café.....	15 —
Vino.....	5 —

Estas sustancias se dividen en tres comidas que son: Desayuno, café sin leche y pan; comida, garbanzos, patatas, carne, tocino y pan; cena, patatas, bacalao, aceite y pan. Para comer todos los días se necesitan al año en números redondos:

Pan.....	693 Kgs.
Patatas.....	355 —
Carne.....	110 —
Legumbres secas.....	92 —
Bacalao.....	92 —
Tocino.....	19 —
Azúcar.....	11 —
Café.....	6 —
Vino.....	110 litros
Aceite.....	15 —

Tomando estos artículos de las calidades ínfimas, le cuestan á la familia obrera por término medio en toda España:

Pan.....	277,20 pesetas.
Carne.....	187,70 —
Bacalao.....	65,40 —
Legumbres secas.....	56,20 —
Patatas.....	54,75 —
Vino.....	33,00 —
Café.....	30,00 —
Aceite.....	19,50 —
Tocino.....	18,80 —
Azúcar.....	13,30 —

TOTAL..... 755,30 pesetas.

Para condimentar los alimentos, para alumbrado y para limpieza no se necesitan menos de 180 kilogramos de carbón, 37 de jabón, 20 de sal, especias, cebollas, ajos, etcétera, y 52 litros de petróleo que cuestan:

Petróleo.....	41,20 pesetas.
Jabón.....	29,60 —
Carbón.....	22,85 —
Sal, etc.....	15,00 —

TOTAL..... 108,65 pesetas.

Y esta cantidad y la anterior suman 864,50 pesetas dedicadas exclusivamente á una alimentación siempre igual y nada apetitosa, y al alumbrado y limpieza.

Estos artículos los encarecen los aranceles de Aduanas y los consumos en las cantidades siguientes:

ARTICULOS	ADUANAS Pesetas.	CONSUMOS Pesetas.	TOTAL Pesetas.
Pan.....	68,00	—	68,00
Carne.....	15,40	27,50	42,90
Petróleo.....	19,24	10,92	30,16
Bacalao.....	21,08	—	21,08
Café.....	18,30	—	18,30
Patatas.....	14,60	3,65	18,25
Legumbres secas.....	5,52	6,44	11,96
Jabón.....	5,55	5,55	11,10
Azúcar.....	9,35	—	9,35
Aceite.....	4,50	3,51	7,65
Tocino.....	2,66	4,75	7,41
Carbón (vegetal).....	—	2,22	2,22
Sal, etc.....	—	0,45	0,45
TOTALES.....	184,20	64,63	248,83

Quiere esto decir, no que de la mísera alimentación á que venimos refiriéndonos salen 248,83 pesetas que el Estado ó el Municipio se embolsan, pero sí que sin aranceles de Aduanas y sin impuesto de consumos, lo que cuesta 864,50 pesetas, costaría ó debería costar 615,67.

O menos aún, porque los derechos de Aduanas sobre el trigo y las harinas, la carne, el jabón, el azúcar, el aceite y el tocino, tienen por exclusivo objeto proteger lo que llaman producción nacional, aunque en el á quien se protege es á los acaparadores y á los monopolios, declarados, como el del azúcar, ó embosados, como el del petróleo...

Tenemos, pues, que lo estrictamente preciso para alimentarse de un modo nada grato y para la limpieza le cuesta á la familia obrera española 864,50 pesetas. Pero la casa en que se vive, el vestido y el calzado, el entretenimiento de la ropa, el aseo personal cuesta dinero y no es aventurado fijar estos renglones en:

Casa (al año).....	120 pesetas.
Ropa y calzado.....	200 —
Entrenimiento.....	20 —
Aseo personal.....	15 —

TOTAL..... 355 pesetas.

Una habitación decorosa, el ir vestido y calzado de acuerdo con las estaciones y el tener ropa de cama, el afeitado y corte de pelo, no puede costar menos al año; y así tenemos que, sin hijos, sin recreos, sin nada que no sea lo estrictamente preciso para vivir con salud y con relativa higiene, una familia obrera deberá gastar al año 1.219,50 pesetas.

El obrero industrial, esto es, el que tiene un oficio, gana en España por día de trabajo unas 3 pesetas, 1 la mujer y 75 céntimos el niño.

El término medio de los días que el obrero industrial y el niño trabajan al año son 287 y unos 150 la mujer; así que trabajando el marido, la esposa y un hijo durante los días indicados, el ingreso de la familia será:

Jornal del marido.....	861,00 pesetas.
Idem de la esposa.....	150,00 —
Idem de un hijo.....	215,25 —

TOTAL..... 1.226,25 pesetas.

De donde resulta:

Ingresos de la familia.....	1.226,25 pesetas.
Gastos.....	1.219,50 —

SUPERÁVIT... 0.006,75 pesetas

Se refiere este cálculo á los obreros industriales con oficio bien determinado; así que quedan fuera de él los obreros del campo y los braceros y peones, trabajadores éstos que son el 81 por 100 de la población española que trabaja con sus manos.

Es decir, que de cada 100 familias obreras, sólo 19, y en el caso más favorable, pueden cerrar con 6,75 pesetas de excedente al año el horrible, el vergonzoso presupuesto que queda indicado.

El salario del obrero varón que trabaja en el campo ó en el peonaje quizá no llega á 1,75 pesetas por día de trabajo; y quizá para él los días de labor no pasan ordinariamente de 240 al año.

Calculando que trabaje los 240 días, que la mujer y el niño se ocupen durante 90, á razón de 75 céntimos por día, el ingreso anual de la familia será de 794 pesetas.

Ciertas cosas necesarias para la vida no le cuestan al obrero rural tanto como al de las ciudades, principalmente la casa.

Con rebajas, fundadas en cálculos que omitimos, pero que se basan en datos ciertos, el presupuesto de gastos del obrero industrial, es para el rural:

Alimentación.....	693,90 pesetas.
Alumbrado, calefacción, sal, especias, jabón, etcétera.....	94,20 —
Casa.....	60,00 —
Ropa y calzado.....	150,00 —
Entrenimiento.....	20,00 —
Aseo personal.....	15,00 —

TOTAL..... 1.033,10 pesetas.

Y como el ingreso es sólo de 794, resulta un déficit de 239,10 pesetas por año.

Ni en uno ni en otro caso están contados el paro, ni la enfermedad, ni otras contingencias de la vida.

Ni tampoco el tabaco, el periódico, el libro, el teatro, etc., cosas á que la familia obrera tiene tanto ó más derecho que nadie.

(Del Calendario del obrero para 1910.)

¡Católicas!

Las damas católicas que han desfilado por el despacho del gobernador civil de Barcelona para pedir que no permita la reapertura de las escuelas laicas, ¿sostendrán todas (las que sean casadas) buenas relaciones con sus maridos?

Pregunto esto porque sé de algunas damas barcelonesas muy encopetadas y «socias» de entidades católicas, mantenedoras de la moral más pura y sostén de la «Defensa social», que después de exhibirse por el paseo de Gracia y visitar la residencia de los jesuitas de la calle de Caspe, suelen escurrirse hasta ciertas casas-establecimientos en las que se puede entrar sin que nadie lo advierta y salir sin que se sepa quién es el que ha salido.

¿A qué van?
¡Si yo fuera el marido! ¡Ah! Pero hay cosas en la vida de algunas casadas que el marido es el último en saberlas.

Conozco á una señora valenciana, tan netamente católica, que no besa nunca á los hijos de su hijo, porque asisten á una escuela laica. Los nietecitos de esta santa mujer no han recibido, desde que son escolares, ni una sola caricia de su abuelita.

Conozco á otra, también valenciana, que porque supo que yo no voy nunca á misa, dejó de saludarme; y cuando la hablan de mí, dice: ¿A ese? A ese le daría yo veneno.

Y eso que sólo sabe que no voy á misa. ¡Si supiera que hace años que huí del catolicismo como se huye de la peste!

El catolicismo de estas señoras es sin impurezas; catolicismo sin mixtificaciones; catolicismo legítimo.

¿Puede una religión que produce esos frutos ser religión de amor y de fraternidad universal?

(EL PUEBLO, Valencia)

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

— POR —
R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 á los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

SECCIÓN AMENA

EL PURGATORIO

—No ignora usted, señor cura, que á mí me gustan las cosas claras.

—Sí, hijo mío, y por eso la Iglesia presenta tan claras las cosas.

—No, señor; lo único que se ve claro en ella es el afán de sacar cuartos á los que creen lo que enseña ó fingen creerlo.

—Ya sabes que no me gusta oírte hablar así.

—¿Por qué, pues, usted nos está hablando siempre del purgatorio?

—Porque quiero sacar de él á vuestros parientes.

—Lo que usted quiere es sacarnos el dinero. ¿Cómo nos prueba que es verdad que existe el purgatorio?

—¿Te olvidas que hace dos años Pepón de Rila, muerto hacía poco, se presentó á su hija pidiéndole unas misas?

—¿A mí con esas, señor cura? Pregúntele usted al sacristán quién era el *aparecido*.

—Pues qué, lo ignoro yo?

—Es verdad; se me olvidaba que aquello fué una comedia de usted y del sacristán.

—¿Tú qué sabes!

—Me lo contó el sacristán un día que estaba borracho.

—¡Ah, maldito!

—Pero no se enfade, señor cura, que á nadie he dicho una palabra.

—Pues escucha, hijo mío. Hice aquello porque nací de acuerdo de las benditas ánimas y alfojaba mucho la entrada en los cepillos.

—Vamos, que no había negocio.

—Había poco; pero esto nada tiene que ver con la existencia real del purgatorio.

—¿A mí con esas? Le contestaré lo que decía un católico italiano: el purgatorio es la cocina de los curas.

—Siento ese lenguaje por tu alma.

—Pues no lo siento usted; eso del purgatorio es una obra de engaño y superchería sacerdotal, impropia del siglo XX.

—¿Aún persistes?

—Si Dios, como ustedes dicen, es el único que conoce el corazón, ¿por qué esa usurpación del sacerdote al marcar la distinción entre pecados mortales y veniales, sistema completamente desconocido en la primitiva Iglesia cristiana?

—¿Qué preguntas haces!

—Así se tiene el gusto de absolver después, dejando el castigo temporal para ser sufrido en el purgatorio. ¡Eso es una farsa indigna!

—No hables alto, por Dios, que pueden oírte los vecinos!

—Que me oigan!

—No; basta que pierda tus dineros. Yo admito el purgatorio, porque lo admite la Iglesia, que tiene con él uno de sus mayores ingresos.

—Luego usted confiesa que el purgatorio es una farsa.

—No, hijo; las cosas de la Iglesia no son farsa.

—La Biblia habla del cielo y del infierno, mas no de un lugar intermedio como es el purgatorio.

—Pero existe.

—¿Qué ha de existir? El hecho de que haya quien diga que el purgatorio se inventó en el siglo VI, y el hecho de no haber sido admitido por la Iglesia como doctrina corriente hasta 1439, en el Concilio de Florencia, continuación del de Ferrara, ¿no prueba que el purgatorio es un vil engaño?

—¿No, no y no!

—¿Son esas todas las razones que se le ocurre contestarme?

—Es que si no hubiese purgatorio, ¿qué sería de nosotros?

—¿De los curas? Entonces no vivirían en parte del engaño. ¿Pero de veras cree usted en el purgatorio?

—Hay veces que dudo; pero mi interés, en confianza, me manda creer en él. ¡Da tanto dinero!

—¿Sí, eh? Pues yo diré á todos los vecinos que cierren la bolsa, y se acabará para ellos el purgatorio de soltar dinero para los muertos, que no se acuerdan de los vivos.

—Es que hay muertos que *aparecen* de veras.

—Pues se les recibe con una estaca, y verá que *vivos* se muestran... para echar á correr.

—¿Será posible que no haga carrera contigo?

—Conmigo no valen mentiras.

—Bueno, pues calla y déjame vivir en paz con mis feligreses.

—No se meta usted conmigo, injuriándome, cuando no estoy delante, y luego... veremos.

—¡Ah, si yo pudiera dejar la carrera al cura! No haría el papel que estoy haciendo.

—Así dicen muchos curas que tienen algo... de aquello. ¡Pero que pocos cuegan los manteos!

—¡Costó tanto la carrera!

—Por eso os hace tanta falta el purgatorio. ¡Pobres católicos de buena fe!

MIGUEL LAVÍN

Quantum mutatus ab illo!

¿Qué escándalo! ¿Qué impiedad domina á las muchedumbres! ¿Qué perversión de costumbres hay en nuestra sociedad!

Desde la ignorante aldea á la ciudad populosa, la corriente irreligiosa de todo se enseñoorea.

«Yo inocente en paz vivía» (esto es de *Jugar con fuego*) con apacible sosiego en esta feligresía.

Llovianme novenarios, septenas, triduos y preces,

y me enronquecía á veces rezando tantos rosarios.

¿Misas? Ni las más precisas conseguía celebrar.

¿Si tenía que encargar á otros colegas mis misas!

¿Aceite? ¡Si era un deleite el contemplar mi acite!

Y el producto de la cera superaba al del aceite!

¿Cómo en dinero nadaba alia cuando Dios quería!

Todo el mundo se moría, todo Cristo se casaba.

Nunca de nenes rollizos la pila se encontró sola.

¿Lo que me daba la estola con tan frecuentes bautizos!

Hoy no hay bautizos ni entierros que produzcan un ardite; ó se casan de escondite, ó se mueren como perros.

Las campanas están roncacas ó mudas, mejor diría; mi sirviente cada día me arma doscientas mil broncas.

Porque aunque es dócil y buena, una santa, una bendita, en cuanto falta la *guita* se pone como una hiena.

Ya no acuden los cristianos á los oficios divinos, pero en cambio hay tres casinos ateo-republicanos.

No se pesa una novena que dé renombre y provecho; está así de ba-becho ni á tes repleta alhacena.

¿Hay tormento mayor? Haile, y es el ver con amargura que el mezquino pan del cura viene á quitárselo el iraillo.

No sé de donde han salido tantos hábitos y mantos, tantos frailes, tantos, tantos como por aquí han caído.

Para ellos son los sermones que producen más dinero, y entre tanto el pobre clero se alimenta... de ilusiones.

Las misas, para mí hoy raras, tienen ellos por docenas, pero misas de esas buenas, quiero decir, de las caras.

¿Qué tiempo, aún no muy lejano, en que ni Isabel Segunda á esa gentecilla inmunda toleraba en suelo hispano!

El clero entonces vivía sin fruiluna competencia, si no en fa tuosa opulencia, en holgada medianía.

Hoy, si en arreglar me empeño

mis cuentas á fin de mes, resulto con cada *inglés* del tamaño de un rifeño.

Por eso sudando el quilo continuamente cavilo sobre el pasado y presente, y prorrumpo amargamente:

Quantum mutatus ab illo!

UN CURA FILÓSOFO

TODO LO EXPLOTAN

El coadjutor de una de las iglesias de Roma enseñábase á un extranjero cándido, mostrándole con recuerdos de los primeros tiempos del cristianismo todos los cachivaches de la casa.

A cada nueva *reliquia* que le enseñaba el *sacris*, dejábase caer con una regular propina.

Ya no le quedaba al guardián del templo ningún chisme que explotar. De la toalla con que los curas se enjugaban había dicho que era la mismísima con que se secó Pilatos, de la caña del apagador que era la auténtica con que á Cristo le ofrecieron la esponja empapada en hiel, y así sucesivamente. Por fin halló en un rincón un frasco tiznado y lleno de mugre interior y exteriormente.

—He aquí otra reliquia—dijo al extranjero.

—Y eso ¿qué es?

—Pues aquí se conservan las tinieblas que se espacieron por Jerusalén al morir el Redentor.

Fu en cierta ocasión á confesarse un marid que propinaba formidables palizas á su mujer, y, al acusarse de esto, fué reprendido por el cura.

—Pero, señor—exclamó el penitente,—¿mi mujer es atroz, si no puedo soportarla!

—No obstante, es preciso que la trates con caridad, que la corrijas con buenas palabras—insistió el confesor.

Volvió á su casa el marido, y en el camino compró dos magníficas varas, y en una de ellas grabó con una navaja las palabras *Pater Noster*, y en la otra *Ave Maria*, y á la primera cuestión que tuvo con su costilla, le rompió una *idem*, considerando que cumplía así el consejo del cura.

Mi paso por la Cárcel

POR José Nakens

Tres pesetas

Para los suscriptores á EL MOTIN, dos

(FOLLETÓN 33.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

OFFENBACH

por el aro sin peligro de que los barridos de la superficie del planeta, ó cuando menos de España, fuesen ellos.

Así quedaron suspendidas las hostilidades á los cuatro me-es escasos de comenzadas, y los señores del reino pudieron cantar «victoria!» al mismo tiempo que en todo el país no se oía más que «¡desastre!»

CAPÍTULO XVIII

QUE TRATA DEL TRATADO DE PAZ Y CARIDAD QUE PUSO FIN Á LA GUERRA Y TAMBIÉN Á ESPAÑA.

Una vez acordadas y aceptadas en términos generales las condiciones de paz, los señores del reino diéronse á pensar muy seriamente (el caso no era para menos) en las que habían de tener los encargados de concertar el tratado, y especialmente el personaje que había de ir á la cabeza de ellos, y que, por tanto, había de asumir la dirección y responsabilidad de las negociaciones. Y como, por lo visto, tratándose de tratado de paz, y tratado de paz con los yankees, nada más indicado en la monarquía española que los cánones, eligieron de principal negociador á un gallego muy list, tan versado en la materia, y por añadidura

tan sabedor del latín, que por esto él y todos sus parientes habían hecho en política una carrera loca.

Con este nombramiento dieron, pues, los señores del reino por muertos, esto es, por vencidos á los diplomáticos americanos en cuanto las bases ya aceptadas les permitiesen. Y en verdad que no era de esperar, en realidad no e-a posible, que ninguno de los miembros de que se compusiera la comisión de los Estados Unidos supiese tantos cánones ni tuviese tanta gramática, lo mismo parda que latina como el Sr. Montero Ríos; que así se llamaba el conspicuo hombre público elegido para presidir la comisión española, y con el cual los gobernantes consultaron y convinieron el plan que se había de seguir al negociar.

Desdichadamente este plan, á pesar de lo bien concebido é ingenioso (al tenor del lo primero que había de hacer en París el Sr. Montero Ríos era contar á los americanos el cuento de Meco), no dió el resultado apetecido. Porque á los americanos, familiarizados, como están, con los irlandeses, los gallegos llamados listos les parecen unos pobres diablos. Además de eso, aquellos diplomáticos de allende el mar ignoraban qué derecho era ese llamado canónico, y no sólo lo ignoraban sino que no querían saber nada de él; y tampoco hicieron el menor caso del latín del Sr. Montero, prefiriendo, según parece, cualquier lengüecilla viva, con el francés ó el inglés se contentaban, á la mejor de las muertas, así fuese el latín de Cicerón, y aun el mismo griego de Aristóteles.

Con hombres así no había más remedio que bajar la cabeza y resignarse á lo

que quisiesen. Esto fué lo que hicieron los comisionados españoles, y al hábil canonista, mientras estuvo en París, cualquiera lo hubiera tomado por el más cándido y bonachón de los mortales, por el más indulgente y conciliador de los negociadores; y no recobró el uso de sus facultades hasta que repasó los Pirineos. Entonces sí; entonces sacó de nuevo á relucir sus cánones y sus gramáticas, y en la primera ocasión que le pareció buena espetó á sus conciudadanos el famoso cuento que no le habían querido oír los americanos, y con el cual se proponía demostrar que los señores del reino eran unos infelices; que quienes habían matado al Sr. de Meco, es decir, los que tenían la culpa del desastre nacional, eran todos los españoles, teniendo buen cuidado de olvidarse de que, de todos modos, había España le que habían estado cobrando durante largos años pingües sueldos y disfrutando grandes ventajas de todas clases precisamente para velar por la vida y la salud de Meco, y por tanto, siempre á esos ciudadanos de preferencia, esto es, á los señores del reino, había de corresponder exclusivamente la responsabilidad de las desdichas patrias.

El caso fué, en fin, que la comisión española no tuvo otra cosa que hacer sino escuchar los términos en que los americanos iban dictando su voluntad, ponerlos en conocimiento del gobierno de Madrid, y por orden de éste aceptarlos. Así fué que el Sr. Montero Ríos, no hallando en qué emplear su astucia, ni su latín, ni sus cánones, y teniendo completamente libre todo su tiempo menos el que gastaba en las sesiones oyendo lo

que los comisionados americanos tuviesen á bien decir á los españoles, se dió á visitar y conocer las curiosidades de París, hasta los teatruchos de bulevar exterior, en uno de los cuales llamado «El Infierno», el diablo de Bonafoux acertó á encontrar al presidente de la comisión española. Y, como á aquél le faltó tiempo para dedicar al hecho uno de sus fulminatos periodísticos, los españoles, que creían que dicho presidente estaba enteramente dedicado al tratado de paz, tomaron muy á mal lo del Infierno, lo cual no dejó, naturalmente, de causar gran desazon al Sr. Montero Ríos. Pero en esto los conciudadanos del negro ador fueron doblemente injustos; primero, porque aquello podía ser un ardid propio de la más astuta diplomacia para hacer creer á los americanos que sus arrogancias no preocupaban grandemente á los españoles, y después, porque si, como venimos diciendo, el tratado lo hacían solamente, mejor dicho, lo dictaban los americanos, ¿tenía nada de particular que los españoles empleasen sus ocios divirtiéndose, si tenían humor para ello?

Después de todo los americanos no fueron muy crueles, ó no se lo parecieron al Sr. Montero Ríos, el cual tiene repetidas veces declarado públicamente, que aquel tratado ha sido «una honra para la familia» (la suya). Y realmente no fué solamente un tratado de paz, sino de paz y caridad, porque los americanos, considerando que el estado del tesoro español era muy angustioso, así lo dijeron, no sólo no exigieron indemnización de guerra, contentándose con tomar en cambio una bicoca, la rica, poblada y feraz isla de Puerto-Rico, sino que obligaron á los

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

AÑO DE 1876

ENERO

• A un pobre mendigo, ciego y baldado, que iba conducido en una tabla con ruedas por un nietecillo suyo, y que fué al campamento carlista de Choroquieta á buscar á su hijo que le había abandonado cediendo á sugerencias inicuas, le deshicieron el cráneo con las culatas de los fusiles, arrojaron el cadáver monte abajo y dejaron abandonada á la criatura en uno de aquellos desfiladeros.

Obligan á seis mujeres de Arteaga á coger el fusil y prestar servicio en sus filas, por haber huido sus maridos.

Un tal Zumaya es detenido por los carlistas en el camino de San Sebastián. Le asesinan á culatazos destruyéndole el cráneo, le arrancan los ojos con las puntas de las bayonetas y le mutilan horriblemente.

FEBRERO

En los últimos días de la guerra, el feroz Rosa Samaniego arroja á un pozo en el pueblo de Aoiz á un anciano de sesenta años que no simpatizaba con el cabecilla y afeaba sus crímenes.

Dejó mujer y tres hijos.

El cabecilla Alcate fusila en un pueblo del valle de Arratia á dos infelices mujeres de Bilbao. También fusila en las inmediaciones de Arracundiaga á un pobre campesino que sirvió de guía á la pequeña fuerza que recorría el valle de Arratia.

Menos mal que se les ocurrió después á los suyos fusilarle, ahorrando ese trabajo á las tropas liberales.

Al retirarse los carlistas de Estella se entregaron al robo y al pillaje, excepto algunos de mejor condición que querían impedir los excesos y no podían; mataron á un artillero sin más delito que oponerse á los desmanes de unos cuantos; se robaba y saqueaba en cuadrilla, cuando felizmente llegó el carlista Pablo Portillo, con unos cuantos de su partida de la Solana, y recorrió á caballo toda la población repartiendo mandos y latigazos, devolviendo á cada cual lo que recogía y custodiando la población hasta la llegada de las tropas; cuando éstas entraron por una puerta, él salió por otra.

Honremos la memoria de aquel valiente partidario de una idea muerta y deshonrada.

Voy á publicar á continuación la biografía de unos cuantos bandidos preeminentes en el carlismo, comenzando por un virtuoso ministro del Señor. Así quedará más completa esta Exposición de fieras.

El cura Santa Cruz

En la noche del 3 al 4 de Diciembre de 1872 se presentó una partida de 40 á 50 carlistas en el monte Oyazum. El que la mandaba era un cura, destinado á adquirir celebridad terrible: Manuel Santa Cruz.

Nació en Elduayen el 25 de Marzo de 1842 de padres humildes, y un tío suyo, después de darle algunas lecciones de latin, lo colocó en el seminario de Vitoria, donde á la vez estudió la carrera de cura.

Cantó su primera misa en 1866, y ocupó interinamente el curato de Hernialde, villa rural de 350 habitantes desparramados en caseríos de labranza.

Como la mayoría de los curas vascongados, tomó parte en la conspiración carlista; le denunciaron, y lo prendieron el 6 de Septiembre de 1870, en el momento de terminar la misa.

Le concedieron permiso para hacer una necesidad, y se fugó disfrazado de campesino.

LO SALVA UN LIBERAL

Llegó á Zarauz, y acompañado de su colega Ormaechea, se presentó al alcalde, señor Vea-Murguía, y con las manos cruzadas y el aire humilde, le dijo que había llegado huyendo de las tropas, y que sus amigos le habían aconsejado que se presentase á él, porque, aun cuando liberal, tenía buenos sentimientos.

Vea-Murguía lo amparó y le facilitó la marcha á Francia, obrando como liberal y

caballero, y cumpliendo con la máxima de «haz bien y no mires á quien».

El 21 de Abril de 1872, en que Dorronsoro efectuó el movimiento carlista en Atún, presentose á Vea-Murguía un individuo, diciéndole:

— Soy el cura Santa Cruz, que vengo á darle á usted las gracias personalmente por el favor que me hizo en 1870.

Al contestarle que le agradecía la atención, pero que mirase lo que hacía, pues no siempre encontraría alcaldes como él, Santa Cruz le contestó:

— Descuide usted; pienso vivir sin mezarme en nada; he sufrido mucho en la emigración.

A los pocos días mandaba una partida.

Más tarde entró Santa Cruz en Zarauz, y le demostró al alcalde su agradecimiento saqueando sus almacenes y casa de campo. Poco después, sorprendiendo unos carros que conducían fardos de lencería de la fábrica de aquel señor, le dijo al carretero: «Baja todo lo que lleves de ese bribón, que con ese quiero yo entenderme», y dejando intactos los fardos de otros dueños, abrió los de Vea-Murguía, tomó lo que le pareció utilizable, y en seguida despachó al carretero, encargándole que contase el caso al dueño.

En otra ocasión volvió á Zarauz y ordenó á sus segundos Caperochipi y Zubiaurre que apresasen á dos dependientes de la fábrica de Vea Murguía, que la cuidaban por estar cerrada, Jaime Forns, maquinista catalán, y José Larrañaga, de Zarauz, los que en la plaza pública y entre los aplausos y la refriola de una multitud tan soez como fanática, fueron cruelmente apaleados, sucumbiendo uno en Guetaria donde habían logrado refugiarse, y el otro en la misma fábrica en que vivía.

Pero retrocedamos en la relación de hechos.

Después del convenio de Amorevieta, fué Santa Cruz preso y conducido á Aramayona por orden del jefe militar de la provincia de Vizcaya, pero se fugó también y entró en Francia.

El 2 de Diciembre repasó la frontera con unos 50 hombres, pernoctando en el caserío de Portuerrri.

El 6 entró en Elduayen, llevándose preso al alcalde después de haberle quitado la mejor vaca que tenía y dándole veinte palos y varios sablazos, ofreciendo fusilarle si daba parte de lo ocurrido, y volviendo con él al pueblo para sacarle 2.000 reales.

Y á partir de este día fueron tantos los atropellos, robos y asesinatos que cometió, que para indicarlos solamente se necesitarían varios volúmenes.

LA VIDA QUE HACÍA

¿Era un criminal ó un fanático? Ambas cosas, sin que pueda decirse cuál era la más predominante.

Decía que los liberales eran herejes, y como buen inquisidor, mataba del modo más piadoso á cuantos caían en sus manos, ya fuesen soldados, ya paisanos; anunciábase que había llegado su última hora, los invitaba á confesarse, y él mismo se ofrecía á hacerlo, después de lo cual, decía á su gente: *Ahora matadlos, porque ya están bien preparados.*

No contento con asesinar á sus prisioneros, iba en busca de los que tenían otros jefes; se apoderaba de ellos á las buenas ó á las malas, y después de la confesión de costumbre, los mataba.

Don Carlos aprobaba su conducta y decía que si todos los jefes fuesen tan activos y rigurosos, sería juego de pocas tablas ir á Madrid.

Santa Cruz, sin embargo, no se fiaba de nadie; llevaba una guardia de 40 hombres, únicos que le inspiraban alguna confianza. Cuando dormía, que era muy poco, colocaba á su lado dos centinelas de su guardia, no comía jamás viandas preparadas para él sólo; cuando en una sección habían comido ocho ó diez hombres, entonces los mandaba á otro grupo, y él y sus allegados concluían aquel rancho, seguro ya de que no había sido envenenado. Pan no comía nunca; en su lugar consumía unas tortas que amasaba uno de la partida y las cuales eran del tamaño de la palma de la mano.

Tal era la vida de aquel gran criminal, siempre receloso, en guardia siempre y sin fiarse ni aun de su misma sombra.

Y tal el hombre que simbolizó el carlismo

en la última guerra, y al que únicamente persiguieron los suyos cuando comenzó á hacer con ellos lo que con los liberales.

ASESINATOS, ROBOS, INCENDIOS
EMPLUMAMIENTOS, APALEAMIENTOS

En otro lugar he hablado de algunos de sus crímenes: de los asesinatos de dos caseros de Eteneta y Ovo, del alcalde de Anoeta, de una mujer en Arrechavaleta, de dos canteros en Ochandiano, á palos; del incendio del casino de voluntarios de Arrechavaleta; del descarrilamiento del tren número 15 en el kilómetro 590, muriendo el maquinista, el fogonero y otros empleados; del fusilamiento en Astigarraga de un vecino de Elduayen y del alcalde de Aldovani; del robo de 2.000 reales al cura de un pueblo de Navarra, que murió al poco tiempo del susto en Hendaya; del robo al pueblo de Astigarraga; del asesinato del anciano regidor que hacía las veces de alcalde en Vidania; del fusilamiento del cura de Portueteche, su colega en bandidaje; del asesinato por medio del fuego de tres individuos, dos de Elgueta y el otro de Mondragón.

Después de éstos cometió los siguientes: Robó á dos curas en Astigarraga 9.000 reales y dos relojes, más 2.000 reales al pueblo y otros 2.000 en Elduayen, prendiendo al secretario del ayuntamiento de Goizueta y al señor Arizmendi, al que exigió 3.000 duros de rescate.

Ordenó el fusilamiento del vecino de Vidania, Bartolomé Zeiza, que se salvó porque al ir á fusilarle en Astigarraga, cuyo vicario le confesó, echó á correr; y aunque en la descarga que le hicieron recibió un balazo en un muslo y otro en una mano, como era joven, robusto y ágil, pudo llegar á Hernani, aunque en deplorable estado.

Llevóse varios presos de Berástegui, fusilando á los tres cuartos de legua al regidor D. Andrés Alducin, y apaleando á cuatro de los ocho guías que sacó de aquella villa. Asesinó tres nacionales de Tortosa y á un propio en Salinas. Caperochi se apoderó por orden suya de un pastor, padre de un voluntario de Lizarza, y lo fusiló cerca de Ibarra.

Yendo juntas las partidas de Egozcue y la suya, se racionaron y salieron en dirección á Leiza, conversando largo trecho los dos cabecillas. Separóse Santa Cruz, distribuyó diez reales á cada individuo de la partida del primero, y les preguntó si le seguirían. Respondieronle que sí, y entonces les mandó atar á Egozcue, fusilándole en jurisdicción de Ezcurra. El cadáver fué trasladado á Goizueta.

Dió 150 palos al anciano comandante carlista Amilivia, poniéndole un soldado sobre la cabeza y otro á los pies para que no se moviese. Quemó el correo del Norte, sin respetar ni los sacos de la correspondencia particular y robó 36.000 reales á varios viajeros. Detuvo cerca de Vera á una señora que viajaba con sus hijos, y únicamente se dignó ponerla en libertad cuando recibió 20.000 reales por su rescate; se apoderó además de todos los relojes que llevaban los otros viajeros. Apaleó de tal modo á un liberal en Beasain, que murió de sus resultas á los tres días.

Los marqueses de la Granja, Amézaga y Zabala fueron detenidos por Santa Cruz, teniendo que entregarle por vía de rescate lo que llevaban, 16.000 reales en billetes y 4.000 en metálico. Robó todas las alhajas de la iglesia de Zaldívar, entre ellas un Cristo de plata maciza, dando al sacristán 25 palos, y llevándose secuestrado al alcalde, al que á los pocos días fusiló.

No encontrando Santa Cruz al jefe de los voluntarios de Alegria, que buscaba con el objeto de fusilarle, cebóse en su esposa, sus hijos y sus bienes, maltratando á los primeros, destruyendo el mobiliario de la casa, y robando metálico, alhajas, plata y ropas, dejando á la desgraciada familia hasta sin vestidos para cubrirse.

Ordenó fusilar inmediatamente que los cogieran á carabineros, guardias civiles, voluntarios de la República y voluntarios francos, así como á todo el que, de palabra ó por escrito, informase á los jefes de las columnas del ejército de la situación de las partidas facciosas, lo mismo que á los alcaldes que no suministrasen las raciones en el brevísimo plazo que les señalase.

El material quemado por Santa Cruz en la estación de Beasain se componía de 130 vagones cargados de mercancías, de las que se apropiaron sus bandidos lo mejor, y 27 coches para viajeros. Con seguridad que lo único que sintió el buen cura fué que aquellos coches no estuviesen en aquel momento llenos de liberales. Varios vecinos presenciaron la quema sin chistar, y ya supieron lo que se hacían, pues un inglés que se permitió el lujo de reprobarlo, llevó una paliza que lo dejó en muy mal estado.

No satisfecho con volar túneles, incendiar estaciones, asesinar liberales y permitir que

su cuadrilla robase cuanto encontraba á mano, organizó el oficio de ladrón, creando salvoconductos de cuatro clases, é imponiendo á los que no los llevasen (pagando por supuesto) multas que variaban entre 1.000, 2.000, 4.000 y 10.000 reales.

También creó permisos de circulación para los vehículos y caballerías al precio de 100 reales por carruaje y 20 por animal, imponiendo á los que no se proveyesen de ellos la pena de quedarse sin carros, ganado y mercancías.

En una ocasión detuvo á una pobre mujer embarazada, y suponiéndola espía del ejército liberal, le dijo que se preparase á morir. Vanos fueron los lamentos y las súplicas de aquella infeliz; inútiles las protestas de inculpabilidad que entre gritos desgarradores hacía; en balde invocaba la caridad y la compasión del desalmado sacerdote, jurando, por el hijo que llevaba en las entrañas, que era inocente. El cabecilla, insensible, feroz, la hizo arrodillar y fué fusilada.

Entre los tormentos que daba á sus víctimas, figuraba éste: hacía desnudar á las mujeres de medio cuerpo arriba, y ya con las carnes descubiertas, que les untasen con miel el pecho y las espaldas, llenándolas después de plumas; castigo bochornoso y denigrante para cualquiera mujer, y que no se aplicaba desde antiguos tiempos.

A otras les mandaba cortar el cabello hasta dejárselo dos dedos de largo, y después disponía que les llenasen la cabeza de pez; á otras no les cortaba el pelo, sino que se lo dejaba caer en melena tendida, y después, con breña, se lo pegaba á las espaldas.

A los pocos hombres que en su concepto no debían ser fusilados, los mandaba poner boca abajo sobre un cesto, y ya en aquella actitud, mandaba darles tantos y tan fuertes palos, que desde el cesto iban al hospital con pocas esperanzas de vida.

En una ocasión dividió por la cintura á un desdichado con una sierra de carpintero.

LOS FUSILAMIENTOS DE ENDARLAZA

Narraré ahora uno de los mayores crímenes de quien tantos y tan horribles cometió, y contra el cual no tuvieron una palabra de reprobación los carlistas que más tarde persiguieron á Santa Cruz por rebelde.

El 4 de Junio atacó con 400 hombres, y llevando un cañón, una casa aspillada que había en el puente de Endarlaza sobre el Bidasoa, defendida por 36 carabineros al mando del teniente García.

Durante seis horas defendiéronse heroicamente; y cuando ya tenían agotadas las municiones y habían muerto seis, les ofreció el cura salvarles la vida si se rendían. No pudiendo prolongar la resistencia, y sin esperanza de socorro, aceptaron la proposición.

Seis de los carabineros trataron de salvarse echando á correr sin hacer disparo alguno, y se tiraron al río; dos de ellos encontraron allí la muerte; otros tres ganaron la orilla opuesta á pesar del fuego que les hacían los carlistas, y á uno que llegaba también á la orilla y no podía ganarla, le hicieron una descarga. Unos franceses fueron á prestarle socorro, y tuvieron que tirarse al suelo para no servir de blanco, ahogándose también aquel desgraciado.

Los demás, 23 con el teniente, se entregaron, y fueron al punto fusilados sin recibir los auxilios espirituales, lo cual, según el beato Lizarraga, «era trabajar en favor del infierno».

El testimonio de cinco desgraciadas mujeres de los carabineros difuntos fué terrible.

Refirieron que ellas mismas suplicaron á Santa Cruz que perdonase la vida á aquellos desgraciados veteranos, casi todos padres de numerosa familia, y les contestó que sólo quedarían prisioneros en Peña Plata, á donde los llevaban, pero las intimó á que inmediatamente se marchasen.

Desconsoladas partieron para Irún, y á los pocos minutos oyeron dos descargas de fusilería; volvieron apresuradas, y se encontraron sobre la carretera una línea de cadáveres y dos ó tres grupos de entre ellos abrazados. A sus gritos y ayes los carlistas contestaron que si no se marchaban de allí inmediatamente, harían otro tanto con ellas.

Los diarios católicos aplaudieron la hecatombe, proclamaron la guerra santa y pidieron el exterminio de los liberales, sin que éstos quemasen las redacciones con las alimañas que las poblaban.

Según ellos, el ladrón Saballs, el asesino Santa Cruz, el bandido Cucala y otros salteadores de caminos, eran los nuevos Macabeos encargados de salvar la casa de Israel ahogando en sangre la España liberal; y doña Blanca, aquel pendón que asistía impasible á los frecuentes asesinatos que perpetraban los facinerosos que formaban la

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 81